

Y  
0257  
EJ.3

# PAULINA

NOVELA ORIGINAL

POR

Hermínia Gómez Jaime de Abadía



BOGOTÁ  
IMPRESA DE LA CRUZADA  
1912

UNIVERSIDAD  
EAFIT®



Abierta al mundo

Biblioteca Sala Patrimonial

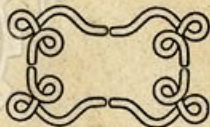
# PAULINA



NOVELA ORIGINAL

POR

Herminia Gómez Jaime de Abadía



BOGOTA

IMPRENTA DE LA CRUZADA

1912

*Cuadra - El Correo Febrero 2003*

UNIVERSIDAD  
EAFIT  
Abierta al mundo  
Biblioteca Cole Politécnica

UNIVERSIDAD  
EAFIT



Abierta al mundo  
Biblioteca Cole. Perennial



I

**H**ACÍA largo rato que Paulina vagaba pesarosa y meditabunda bajo la sombra de los grandes árboles. Llegó al fin a la calle de tamarindos que conducía al patio principal de la hacienda y se sentó fatigada en la cómoda curva de una raíz saliente.

La luz matinal, tamizada por el espeso follaje, dibujaba con soñadora vaguedad su juvenil semblante; tenía una palidez intensa y lucían en él, como toques supremos de la vida, el rojo de sus labios y el arco maravilloso de sus cejas.

Con la cabeza recostada en un tronco y los ojos medio cerrados, meditaba tristemente en la cruda lucha que tenía que sostener y en el hondo dolor que sin consuelo, prensaba su corazón de diez y ocho años. Su rostro se contraía con espasmos de pesar y en la red de sus pestañas temblaban algunas lágrimas rebeldes.

Iba á hacer tres años que se había roto el talismán de su dicha; al venir al mundo el único hermano que Dios le había concedido, murió su madre sin tener más tiempo que el preciso para recomendarle con el fervor de la agonía, aquel sér pequeñito con el cual había de reemplazarla.

Paulina hubiera querido guardar aquella criatura en su propio corazón; tan ardiente fue el afecto que la unió al tesoro que le habían confiado. La mala salud de su padre, así como la suya propia, fuertemente alterada desde la pérdida de su madre, fue motivo poderoso para que abandonaran la capital y se trasladaran a una de sus haciendas en las orillas del Magdalena. Había concluido su educación con brillo inusitado y recibió con buena voluntad la noticia de su viaje al campo.

Apenas se había pasado un año cuando Paulina vio con indecible horror y repugnancia que su padre le imponía una madrastra.

Sufriente y resignada, Paulina se recogió como una sensitiva, y hubiera querido disimular su presencia para no tropezar, sin quererlo, en las asperidades de la vida. Pero su desgracia debía ser aún mayor y la sombra más completa envolvió al fin su existencia.

Las dolencias de su padre reaparecieron con mayor gravedad, y antes de cumplirse tres años de la muerte de su madre, Paulina y su hermanito quedaron en la más triste de las orfandades.

Difícil es decir la soledad y el terrible desamparo en que se hallaba aquella desdichada; toda la ternura de su alma, toda la luz de su juvenil espíritu, reconcentróla en el pequeño Jorge, retrato de su madre y ensueño vivo que hacía la dicha de cuantos veían su faz de querubín. Iba a cumplir tres años y su hermana pensaba, con angustia, si toda su existencia se deslizaría en aquel retiro, y si aquel niño adorado perdería al fin su piel satinada y sus cabellos de oro bajo aquel sol abrasador.

Los únicos parientes cercanos que Paulina

poseía se hallaban en Europa hacía mucho tiempo; casi era lo mismo que si no existieran, pues entretanto pesaba sobre ella como un yugo de hierro la autoridad de su madrastra.

Su fino pañuelo enjugó al fin las lágrimas que humedecían sus ojos y, lanzando un suspiro, aspiró luégo con ansia el perfume de los cercanos limoneros.

¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó con sentido acento cruzando las manos sobre la negra falda. Su mirada distraída se fijó en el fondo de la calle de árboles y un cambio súbito ocurrió en su fisonomía; sus ojos brillaron con intensidad extraña; todo su semblante se coloreó como si lo hubiera besado la aurora, y de sus labios entreabiertos por una sonrisa, parecían escaparse los besos de una ternura indecible; extendió los brazos y se adelantó presurosa.

Nada más bello que aquella enlutada, cuya pálida faz iluminada por el amor, parecía un vaso de alabastro en que temblaran las rosas de la vida.

Avanzando hacia ella, en incierta carrera de gracioso zig-zag, un pequeñuelo, cuyas ropas negras realizaban su blancura extraña en aquel clima, corría llevando la faldita rezagada como quien oculta un tesoro y teme que se lo arrebaten. Sus pequeños pies tropiezan al fin con un guijarro, y lanzando un grito dolorido cae esparciendo en torno las flores que llevaba tan cuidadosamente.

Paulina se lanzó hacia él y lo levantó en sus brazos separando angustiada los cabellos de la frente, y besando con pasión las mejillas cubiertas de lágrimas, y la divina boquita que ya dibujaba una sonrisa.

Había echado el niño los brazos al cuello de su hermana, cuando una mano brusca los

desprendió violentamente. Paulina, indignada y sorprendida, volvió con rapidez la cabeza. Sintió una punzada en el corazón y se quedó por un momento muda, inmóvil. El semblante de su madrastra, empalidecido por la cólera, contrajo sus nervios de repente temor.

La esposa de su padre arrebató de sus brazos al niño, y con rabia brutal e inverosímil azotó rápidamente, con su mano nerviosa, las redondas manecitas y los hoyuelados brazos de la criatura, sin detenerla en su tarea, el raso humano que maltrataba y enrojecía á sus golpes....

Una fiebre ardiente postró a Paulina aquella tarde, y no fue sino ocho días después cuando volvió a la vida para darse de nuevo cuenta de su desgracia. Habíala asistido con cuidadoso esmero una antigua sirvienta que por casualidad no había sido despedida.

El primer pensamiento de Paulina fue para el niño, que hizo llevar hasta su lecho, cubriéndolo de caricias. Sintió una especie de frescura en el alma cuando los redondos bracitos circundaron su cuello y los besos del ángel, como soplos de gloria, volvieron la sonrisa a sus labios y el valor a su corazón.

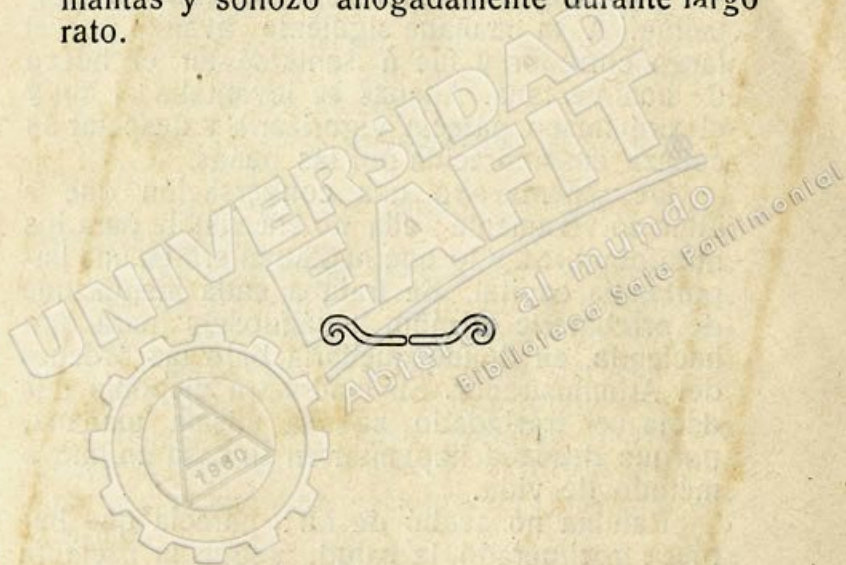
Cuando lo separó de su pecho para mirar su semblante, el pesar volvió a anublar la frente de la joven; los cabellos de Jorgito, hechos apretados grumos por el descuido y oscurecidos por el polvo, apenas tenían uno que otro rizo de oro que brillaba triunfante; el coral de su boca casi se perdía entre el tinte indefinible de su fisonomía y sólo sus ojos risueños brillaban límpidos al través de la especie de antifaz con que la ausencia del baño había cubierto su fresca carita. Hechos jirones se hallaban sus vestidos, y Paulina interrogó sobre ello a la sirvienta.

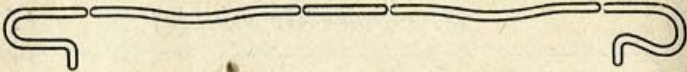
La señorita dispense, pero no me han permitido vestirlo ni arreglarlo, porque dicen que no van a dejarlo enseñar a mal con tantos mimos, porque se vuelve altanero.

—¿Le han vuelto a pegar? Preguntó Paulina con voz trémula.

—¡Ay Dios mío! cada vez que pueden, ayer nos partía el alma oír cómo lloraba el niño.

Paulina se rebujó nerviosamente en las mantas y sollozó ahogadamente durante largo rato.





**D**os días después Paulina logró levantarse y ensayar sus fuerzas recorriendo su habitación. A la mañana siguiente avanzó por el largo corredor y fue á sentarse en el hueco de una ventana. Apenas se levantaba el sol y el aire fresco parecía vigorizarla y despejar su cabeza ensombrecida por las penas.

De repente oyó una conversación que le interesó vivamente; ella no era visible para los interlocutores y lo que hablaban era de una importancia capital. Se trataba nada menos que de arrebatarle el niño, llevándoselo para otra hacienda, en donde quedaría bajo las órdenes del Administrador. Su madrastra disponía que debía ser trasladado aquella misma mañana, porque deseaba implantar en su casa un nuevo método de vida.

Paulina no acabó de oír: parecía que hubiera recuperado la salud, según la premura con que llegó a su cuarto.

Postróse en ardiente aunque rápida oración ante una imagen de la Virgen, y besó luego el Cristo que adornaba su lecho. Con nerviosa rapidez tomó un saquito de mano y colocó en él, además de algunos objetos de uso indispensable, un estuche en que guardaba las joyas de su madre y todo el dinero que conservaba desde los días felices en que su padre tenía para ella la más solícita ternura. Atólo al rededor de su talle para evitar un descuido y poder llevar con facilidad a Jorge.

Buscó ansiosa un sombrero del niño, y tomando el suyo se deslizó hacia afuera con las mayores precauciones.

¿Dónde estaría Jorgito, ya se habrían apoderado de él? A esta idea parecía que su corazón dejaba de latir.

Avanzó mirando en todas direcciones y con una agitación difícil de describir.

Al extremo del patio la encantadora figura del niño moviase alegremente, persiguiendo con insistencia a una alborotadora gallineta.

Paulina logró llegar hasta él, ocultándose entre los árboles, y sin decirle una palabra lo tomó entre sus brazos.

Oyó entonces a su madrastra que con voz imperiosa decía:

—¿Dónde está ese niño? Traigan a Jorge inmediatamente.

Paulina sintió que en sus pies nacían alas, y tomando un estrecho sendero se dirigió sin respirar hacia el río. Allí se detuvo un instante para darse aliento y, paralelamente a la orilla, volvió a avanzar con delirante angustia.

Corrió y corrió, hasta que las fuerzas la abandonaron por completo, yendo a caer en una playa arenosa, sombreada por grandes árboles.

El niño, de una robustez excepcional, fatigaba sus débiles brazos, que se abrieron sin poder evitarlo, y el bello prisionero se escapó riendo bulliciosamente, como si aquella carrera de suprema desesperación hubiera sido un juego inventado por su hermana para entreteñerlo.

Paulina cayó extendida bajo la fresca sombra, como un sér inerte. El niño siguió alejándose, y cuando vio que no lo seguía, volvió hacia ella, yendo y viniendo para llamar su atención.

Cansado de esperar, se acercó lentamente y la miró con curiosidad. Al ver sus ojos cerrados, extendió sus deditos de rosa y empezó a levantarle los párpados que volvían á caer, dando saltos y gritos de alegría al ver la blancura vidriosa de aquellos ojos, de ordinario tan negros y brillantes. Metió luégo una ramita seca entre los labios de su hermana y la llamó repetidas veces, meneando débilmente su cuerpo.

—¡Dormida! dijo al fin en su encantadora media lengua, y agregando un cariñoso ¡pobrecita! pasó varias veces sus suaves manecitas por las frías mejillas de Paulina.

Alejóse lentamente, haciendo surcos en la arena con una rama que halló, pero de pronto regresó dando un chillido de terror que llegó hasta el corazón de Paulina; un corpulento lagarto que lucía al sol su piel verdosa y brillante, se había cruzado en su camino.

Paulina se había estremecido con el grito del niño, y sus ojos empezaron a abrirse.

Jorge olvidó bien pronto su pasado espanto, y de nuevo emprendió su tarea, dirigiéndose a la orilla.

Paulina veía al niño y empezaba a recordar lo sucedido, pero una especie de catalepsia embargaba sus miembros, y aun cuando pensaba y sentía, le era de todo punto imposible moverse.

Vio a Jorgito avanzar hacia el río, le vio llegar a la orilla e inclinarse sobre las aguas para meter en ellas sus inquietas manecitas; miró elevarse los pequeños surtidores que formaba, esparciendo el líquido en direcciones distintas, y por último miró cómo levantaba su piececito con intención manifiesta de penetrar en el río.

Paulina hacía inútiles y desesperados esfuerzos por gritar o correr a salvarlo. Este tormento sin nombre se prolongó algún tiempo porque Jorgito se alejaba a veces de la orilla, para volver luego a su intento de penetrar en el agua.

De repente los ojos de Paulina se dilataron por el paroxismo del horror; acababa de ver dibujarse en la superficie del río una repugnante cabeza de anchas fauces, que ella reconoció bien pronto y que se dirigía hacia la ribera.

—¡El caimán! gritó, como si la desesperación hubiera roto las ataduras de su lengua y la fuerza misteriosa que tan bárbaramente la ligaba.

Sus nervios sobreexcitados la hicieron volar como un resorte poderoso hacia Jorge, y tomando en sus brazos al sorprendido niño, emprendió de nuevo la carrera.

Cuando pensó que el inmediato peligro del caimán se había alejado, volvió a detenerse y se sentó anhelante, reflexionando luego en su extraña y terrible situación.

El niño tenía hambre y sed, y el calor agobiaba a los dos, cubriendo de sudor su frente. Paulina lo acariciaba, prometiéndole cuanto pedía, y trataba de dormirlo para acallar sus exigencias de pequeño soberano.

Miraba en torno, temerosa de que la siguieran, y buscaba al mismo tiempo algún auxilio en aquella soledad.

En el centro del río apareció una canoa, y la morena silueta de un hombre y una mujer se dibujó con fuerza sobre el cielo.

Parecía un bronce florentino aquel remador atlético, desnudo de medio cuerpo arriba, e

inclinado con arrogante elegancia sobre la onda silenciosa. Paulina corrió a la orilla, y con su pañuelo y con sus gritos quiso llamar la atención de los viajeros. Viola el joven boga y sin cambiar de rumbo le hizo saludos amistosos, mostrando sus blancos dientes y diciéndole agrestes galanterías que por fortuna la joven no entendió, y el río tuvo a bien arrastrar en su corriente.

Paulina vio alejarse la canoa con creciente desesperación; temblaba a cada instante, temiendo ver llegar a alguno de los servidores de la hacienda; el menor ruido la sobresaltaba, y oculta en una espesura de arbustos espiaba con ansiedad la superficie de las aguas; Jorgito, a su lado, comía piñuelas silvestres que calmaban su sed y engañaban su apetito.

Una gran canoa volvió a dar esperanza a Paulina, pero al hallarse a menor distancia vio que sólo la tripulaban varios hombres, y no se atrevió a hacer conocer su presencia. El día avanzaba y la infeliz criatura se hubiera sentado a dar gritos de desesperación, al ver su desgracia y su impotencia, pero había puesto toda su esperanza en Dios, y le pedía con ardiente fe que la librara de tener que volver a la hacienda y entregar a manos extrañas aquel angelito adorado.

El tiempo huía, pero ella seguía rogando fervorosamente; al fin, después de mucho esperar, apareció una balsa que bordeaba lentamente la orilla; la manejaba una mujer joven, cuya falda azulosa se destacaba entre montículos de mangos, bananos y rojos productos de cerámica indígena; atado al cuello llevaba con gracioso desgaire un pañuelo escarlata, cuyos extremos flotaban al viento, así como sus trenzas negras de undoso cabello.

La balsa se acercó hasta tocar casi la tierra, impulsada por una ancha ola que la hizo bambolear con fuerza y dobló un momento el busto esbelto y flexible de la dueña. Paulina vio que un gran champán se deslizaba con rapidez y que a su empuje poderoso debía la proximidad de la deseada embarcación.

—¿Me vende unos mangos? dijo esforzando la voz, mientras la morena joven ponía a fuerza de remo en buena dirección su balsa.

—No, señorita, están todos encargados en el puerto.

—¿Quiere llevarme allá, que necesito hacer unas compras urgentes?

—Usted no puede ir aquí porque no está acostumbrada a bajar así el río.

—Necesito unos remedios y con usted iré muy bien. ¿Cuánto quiere que le pague?

—Eso es lo de menos, señorita, si tiene necesidad, como dice, pase por este ladito, pero pronto, porque nos coge el sol.

Paulina levantó al niño en sus brazos y se dirigió al lugar más próximo a la balsa.

Al ver a Jorge, la joven campesina pareció deslumbrada. ¿El también? Dijo con placentera sorpresa. ¡Vea! ¡Qué precioso! Con el niño Dios iremos muy bien y llegaremos más pronto. Recibiólo con ternura y lo colocó en el centro con cariñoso esmero.

Cuando Paulina sintió que la balsa se movía y que la sedosa corriente la alejaba poco a poco de aquellos lugares llenos de tristes recuerdos y penosas amargas, experimentó indecible alivio y besó a Jorge con apasionamiento, como si hubiera acabado de recuperarlo.

Al volver un recodo del río, vio con es-

panto algunos hombres a caballo, que por fortuna acababan de volver grupas y que no divisaron la balsa. Reconoció entre ellos al mayordomo que venía por el niño, y que sin duda había avanzado hasta ese lugar en busca suya.

Temblorosa, pero sin decir una palabra, trató de ocultarse entre los diversos objetos que la circundaban y siguió observando la orilla con angustiosa inquietud.

Jorge estaba bien protegido de miradas indiscretas por las filas de bananos, pero empezó a llorar y a repetir por centésima vez que tenía hambre.

—¡Cállala, cállala, mi amor! le decía Paulina, cogiendo sus manitas y acariciándolas con la mayor ternura; ya vamos a llegar y comemos muchos dulces y muchas cosas deliciosas.

—¿Dulces, dulces? repetía el niño dejando de llorar e inundándose de luz su carita cubierta de lágrimas; y al mismo tiempo se levantaba del lugar en que se hallaba oculto, y se quería asomar para ver el sitio donde debían cumplirse esas promesas.

—Quietecito, mi ángel, díjole Paulina, deteniéndolo apresuradamente: aquí cerca hay un animal muy feo, y si ve un niño, puede venirse a la balsa.

Jorgito se estrechó contra ella y guardó silencio por algunos momentos; luego empezó a hablar en voz baja y con tono misterioso, haciendo a su hermana mil encantadoras preguntas sobre el animal que cogía niños, y levantando la cabeza, estiraba hasta donde podía el blanco cuello, para ver el monstruo, fingiendo luego grandísimo espanto.

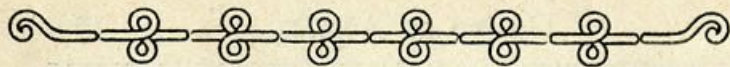
Al fin la balsa se alejó lo bastante para que el niño pudiera tener más libertad y Pau-

lina se hallara más tranquila; aquello sin embargo era imposible, porque Jorgito volvió a repetir que tenía hambre.

Entonces, con algunos rodeos, rogó a la balsera que le vendiera algunas de sus provisiones para su hermanito.

Con generoso desprendimiento, la joven les ofreció cuanto poseía, y poco después el niño dormía tranquilamente en las rodillas de Paulina.





### III

CUANDO la distancia recorrida trajo la calma a la mente de la fugitiva joven, llamóse a cuentas para juzgarse en la determinación que acababa de tomar y resolver lo que debía hacer en el porvenir.

Quizá había procedido con extrema ligereza, pero su deber era la protección de aquel sér tan adorado como débil, y dejándolo separar de su lado exponía la vida, la dicha y lo que es más, el alma de aquel niño a quien nadie educaría. En cuanto a ella, aquel no era ya su hogar, para ella no existía ninguna protección en la esposa de su padre, y antes bien ponía trabas al cumplimiento de sus deberes religiosos, y en muchas cosas vistas en el último tiempo, comprendía Paulina que su madrastra carecía de sentido moral.

Dio mil vueltas a su pensamiento y fijóse por último en un plan que le pareció factible. Ella había durado ocho años en el Colegio de las Hermanas de la Caridad, y sabía que para ellas era una alumna inolvidable y predilecta. Allí iría sin vacilación ninguna, contaría sus desgracias a la bondadosa Madre, y la recibirían con su Jorgito, a quien le ayudarían a querer. Contaba con dinero suficiente para el viaje: lo difícil era llegar sin tropiezo hasta la capital.

La balsa se deslizaba suavemente a flor de agua como un cisne silencioso, y la corriente

musitaba sus quejas, cuando algunas hebras de la cabellera del río se enredaban en las extremidades del bambú, al girar de repente la primitiva embarcación.

Paulina sentía una especie de suave somnolencia, y sus ojos y su espíritu descansaban gratamente, contemplando el espacio abierto y la bóveda azul. A veces alguna garza la cruzaba con lentitud soñadora, moviendo las alas suavemente y perdiéndose a lo lejos en misterioso rumbo.

A veces la balsa, evitando los rápidos del río, bordeaba las orillas, y los viajeros sentían el delicioso fresco de las anchas frondas.

Paulina gozaba admirando de cerca los misteriosos senderos cubiertos de hojarasca y entoldados de enredaderas, que se dirigían atrayentes y sugestivos al interior de la intrincada selva.

Jorgito saltaba de alegría y batía palmas, cuando algunas tortugas que buscaban el sol en las piedras de la orilla, huían apresuradamente, precipitándose unas tras otras en el río.

Algunos árboles mojaban sus raíces en el agua y levantaban orgullosos su copa espesa de verdura luciente, para destacarla sobre el cielo; otros se agrupaban mezclando su follaje modesto y oscuro y extendían sus ramas prolongadas y flexibles, como brazos del bosque que acariciarán la corriente.

El calor se hacía insoportable, y el niño no ocultaba su creciente malestar; Paulina también se sentía agobiada y como adormecida por aquella atmósfera de fuego.

La rústica embarcación tocó casi en un playón de arena, y la joven escuchó sorprendida los gritos e imprecaciones que su conductora dirigía a un sér invisible; miró en

torno y helóse de espanto al ver que se hallaba a cortísima distancia un enorme caimán que movía con lentitud sus cortos miembros; precipitóse al fin en el río, y Paulina, estrechando temblorosa al niño, preguntó conmovida:

—¿No seguirá la balsa este animal, no habrá peligro ninguno?

—Pueda que no, contestó la balseira con el dejo tranquilo de la tierra caliente, y siguió avanzando con abrumadora indiferencia.

La temperatura aumentaba y el niño se había tornado silencioso, se había recostado en el pecho de su hermana, y tenía la carita enrojecida y los ojos medio cerrados. La joven lo llamaba y trataba de distraerlo con las espumas que arrastraba el río o con los troncos negros que rasgaban en jirones de plata la corriente. Jorgito no quería mirar y su boquita se entreabría con una respiración ansiosa.

La angustia contraía las facciones de Paulina y algunas lágrimas silenciosas caían sobre la ardorosa frente del niño.

—¡Por Dios, por Dios! ¡Qué le hago a mi Jorgito! gritó al fin con desesperada entonación.

La campesina se volvió, y sin contestar, miró fijamente al niño por algunos momentos, abandonó el remo y dejó que la balsa adelantara sola; buscó con interés entre una de las vasijas en que guardaba sus provisiones, una botella pequeña cuyo contenido vertió en parte en la cabeza del niño. Un fuerte olor a anís se sintió por algunos momentos y Jorge pareció volver como por encanto a la vida. Dirigió luego la embarcación a determinada parte de la ribera, e hizo provisión de las anchas hojas digitadas que crecían allí, en un

arbusto tan útil como conocido; cubrió con ellas la cabeza de Paulina y la del niño, y volvió a remar con su tranquilidad acostumbrada.

La viajera manifestó su agradecimiento en la forma más expresiva que pudo hallar, pero la dueña de la balsa parecía no oírla, ni recordar siquiera el favor que acababa de prestar tan oportunamente; remaba con vigor, y con la vista fija en el confín del río, entonaba un canto que aunque agreste y monótono, se hacía muy dulce por sus ecos juveniles y su cadencia melancólica.

El día avanzaba, cuando apareció al fin el anhelado puerto. Paulina sintió punzante inquietud a la par que la alegría de librar a Jorgito de aquel penoso modo de viajar.

Se hallaban aún a bastante distancia y apenas se divisaban los rojizos tejados de la población, entre los grupos de árboles.

De repente un pitazo prolongado repercutió en la soledad.

—¡Un vapor! exclamó Paulina con emoción vivísima, y examinó atenta la extensión desierta del río; por sobre las copas de follaje apareció vagamente una columna de humo, y poco después en el confín lejano, el gallardo penacho surgiendo de la roja chimenea, se hizo completamente visible, desenvolviéndose en suaves rizos sobre el cielo.

Por el centro del río avanzaba el buque con su respiración jadeante y el sonoro crepitar de su poderosa máquina. En su elegante marcha desgarraba las aguas, envolviendo su casco entre velos de espuma y formando con su hélice irisados surtidores, colgados a veces de collares de perlas.

Un segundo pitazo volvió a estremecer la

selva, y el puerto se colmó de gentes de diversas clases.

Aun cuando ya se hallaban cerca, la balsera cambió de rumbo y se aproximó a la orilla.

Paulina la interrogó sorprendida.

—No podemos llegar todavía porque es muy peligroso entrar a tiempo con el buque; el río levanta unas olas tan grandes, que la balsa no podría resistir.

Aquella detención fue aprovechada por Paulina para arreglar un poco sus cabellos y lavar la cara y las manos de Jorgito.

Dio los más cariñosos agradecimientos a su buena conductora y saldó generosamente su cuenta de viaje.

Poco después el río había recobrado su aspecto normal y pudieron llegar sin ningún inconveniente hasta el puerto. Paulina saltó a tierra con una inquietud que casi no podía dominar. Tomó de la mano al niño y empezó a cruzar temerosa por entre las gentes que se agrupaban en la orilla. Su vestido completamente negro y su sombrero de anchas alas que hacía resaltar aún más su blancura maravillosa, hacían notable contraste con algunas hijas del puerto, en lo general fuertemente morenas y vestidas las más de rosado subido, blanco o amarillo canario.

Paulina se detuvo delante del buque y examinó con tímida curiosidad las damas y caballeros que se apoyaban en la barandilla y parecían entretenidos con el pintoresco mercado que se extendía bajo los árboles, y cuyo tono dominante era el rojo de la loza indígena.

Hizo un esfuerzo para vencer su emoción, y avanzó resueltamente hacia el buque.

Al llegar al estrecho tablón que lo comunicaba con la orilla, tuvo que detenerse: un cordón de hombres medio desnudos, bronceados o ennegrecidos por la intemperie, lo cruzaban sin interrupción, abrumados por grandes bultos, y parecían no ver otra cosa que el camino que llevaban; era algo maquinal y penoso aquel trabajo monótono y constante, bajo el ardiente sol; Paulina trajo a su memoria los caminos de hormigas con que a veces se entretenía en la hacienda, y se fatigó largo rato, antes de que terminara la tarea.

Vaciló en pasar porque no cabía en el puentecillo llevando de la mano al niño, y lo tomó al fin en brazos, avanzando con miedosa precaución; afortunadamente no faltaron espectadores que se apresuraron a facilitarle el paso; ella dio las gracias y subió con premura la escalera.

Una vez en lo alto, no se atrevió por un momento a levantar los ojos, profundamente turbada y conmovida.

—¿El señor Contador? dijo al fin, esforzándose por parecer serena.

Un joven alto y bien parecido, vestido completamente de blanco, se adelantó y saludó cortésmente.

—Deseo un pasaje para Girardot y un camarote, dijo Paulina con voz débil.

El joven le hizo seña de que le siguiera y le dijo con amabilidad:

—Por fortuna queda un camarote, que mandaré arreglarle inmediatamente.

—¿Su nombre? preguntó un momento después, al sentarse ante el escritorio.

Paulina vaciló un instante y luego contestó con voz segura y alta:

—Paulina Miranda.

—¿Y nada más? volvió a decir el joven con una sonrisa equívoca.

—Nada más, dijo con sequedad Paulina.

El clavó por un momento sus ojos en el semblante de la viajera, con una mezcla de curiosidad y atrevimiento, pero aquella mirada resbaló sin fuerza en la serena faz que tenía delante.

—Está usted servida, dijo levantándose, voy a hacer disponer su camarote; poco después Paulina se encontraba instalada, si no con comodidad, sí con una especie de tranquilidad de que hacía largas horas que no disfrutaba. Cuando torció la llave y se sentó en el desnudo catre con Jorgito en sus brazos, creía estar soñando, tan dichosa se sentía. Elevó a Dios una ferviente acción de gracias y su pecho se ensanchó con un suspiro de profundo alivio. Ya en el buque se sentía protegida y lejos de todos los peligros que ella y su Jorgito acababan de pasar.

Paulina tenía intención de permanecer encerrada allí el mayor tiempo posible, hasta su llegada a Girardot; pero el camarote que ocupaba abría su ventanillo al Occidente y los rayos del sol caldeaban su atmósfera de una manera insoportable; además, Jorgito suplicaba en todos los tonos que saliera, y con mimos irresistibles atraía a su hermana hacia la puerta. Entonces ella sacudió con esmero el polvo de su vestido, anudó con cuidado la cinta que ceñía su cuello y recogió con sencilla elegancia su abundante cabellera.

**J**ORGE salió dando saltos de alegría y Paulina le siguió emocionada, porque en el estado de su salud y en las circunstancias que atravesaba, todo le producía profunda impresión; aquel sér delicado era un haz de nervios en que vibraba la vida bajo la forma de una mujer angélica, llena de encanto y de modestia.

Buscó con la vista el lugar en donde podía colocarse para tomar el aire fresco de la tarde, y al ver un dama de cabellos blancos, se sentó en una mecedora que se hallaba a su lado, saludando antes con una inclinación de cabeza. Sentó al niño en sus rodillas y, recostándose en el respaldo, contempló con los ojos medio cerrados algunas casas pajizas, que en la orilla opuesta asomaban entre los árboles.

Jorge se cansó bien pronto de esta inmovilidad y empezó la lucha de los mutuos ruegos; él a escaparse, lleno de inquietud y de curiosidad, ella a retenerlo a fuerza de promesas y caricias.

Entre tanto el buque se puso en movimiento, y una brisa deliciosa refrescó a los viajeros, adormecidos por una temperatura abrumadora.

Del extremo opuesto de la proa adelantó un joven de aspecto serio y distinguido, que se colocó sin ceremonia cerca de la señora anciana.

—Mamá, dijo con marcado acento extranjero, voy a jugar ajedrez. ¿Dónde está la cajita?

—En un bolsillo del saco rojo. ¿Con quién vas a jugar?

—Parece que el Capitán juega bien y voy a invitarlo.

Iba a levantarse el joven cuando sus ojos indiferentes tropezaron con el rostro de Paulina.

Quedóse inmóvil y algo extraño pasó por su fisonomía; siguió mirándola con extraordinaria fijeza de asombro, y luego reveló una especie de ansiedad. Al fin ella volvió por casualidad la cabeza y sus miradas se encontraron un instante; él bajó los ojos con algo de timidez increíble y un ligero rubor coloreó su frente pálida y espaciosa; Paulina se inclinó al oído del niño y le dijo alguna futilidad cuyo sentido no supo ella misma.

Pasados algunos momentos, el extranjero volvió a su insistente y muda contemplación.

La anciana señora preguntó entonces con los ojos medio cerrados: ¿No ibas a jugar ajedrez?

—Ya no, mamá, contestó él en voz baja.

La dama abrió los ojos y miró con interés a su hijo; la expresión de su rostro llamó su atención y buscó atenta la dirección de su mirada; hallóla fija en su joven vecina, que al parecer distraída, jugaba con los rizos del niño.

Pasados algunos instantes, el joven preguntó en francés:

—¿Quién es? mamá, ¿por casualidad sabes su nombre?

—¡Qué sé yo! contestó la señora con un gesto y un tono de profundo desdén.

Paulina, que entendía perfectamente el francés sintió que su frente enrojecía; un momento después abandonó el asiento y volvió medio sofocada a su camarote. Al hallarse sola se preguntó sorprendida por qué había abandonado la mecedora que ocupaba y qué era ese algo tan extraño como vago que la conmovía tan profundamente. ¿Qué le importaban a ella gentes que veía por la primera vez y que ni siquiera le habían dirigido la palabra? Sacudió con impaciencia la cabeza y pensó con despecho que era demasiado tonta, o que sus nervios se hallaban extremadamente enfermos.

Tomó de la mano al niño y fue a recostarse en la barandilla del buque; un momento después díjole un caballero que estaba a su lado:

—¡Qué bello es su niño!

—Gracias, es apenas simpático, se parece mucho a mamá.

—¿Entonces no es suyo?

—Sí, señor, sí es mío, es mi hermanito, contestó Paulina con ingenuidad.

El la miró sonriendo y agregó:

—¿Viaja usted sola?

—Sí.... Por desgracia, he tenido necesidad de hacerlo.

—Quizá la esperan.... quizá algún sér dichoso.....

—No haga conjeturas, caballero, dijo ella con seriedad, he perdido a mis padres y llevo a este niño lejos de su madrastra.

—Ah! exclamó el joven, perdone usted señorita, mi indiscreción; la considero a usted.... una madrastra.....

—No siempre es mala, caballero, he tenido ocasión de ver algunas que son verdaderas madres y cumplen de una manera admirable

su misión; hay otras que se pueden tolerar, pero la nuestra es un ejemplar insoportable.

La campanilla que llamaba a comer cortó la conversación.

Al volver la cabeza, Paulina se encontró con los ojos del extranjero.

Colocáronse con dificultad los asientos ante la estrecha mesa y la joven dedicó toda su atención al cuidado del niño, no sin sentir sobre ella las miradas curiosas de algunos pasajeros, y sobre todo las de la anciana y su hijo que se hallaban en frente.

Al terminar la comida, Paulina volvió a ocupar su puesto y vio con emoción los terrenos de la hacienda deslizarse ante su vista, y el lugar en que llena de angustia tomó la balsa salvadora. La orilla estaba desierta y tuvo la seguridad de que aún la creían refugiada entre los árboles o en alguna cabaña lejana. Pensó con profunda tristeza en el viaje que hizo con su padre bajando el río, quizá en el mismo buque que ahora la conducía, y en el cual iba colmada de atenciones y cariño; este recuerdo humedeció sus ojos y volvió la cabeza para no ver más aquellos lugares de tan penosas memorias.

Fija sobre ella en ardiente aunque respetuosa admiración halló la mirada del viajero; un ligero estremecimiento que no pudo explicarse la mortificó un momento y se dedicó a observar silenciosa y abstraída las ondas del río. Por primera vez en su vida pareció olvidarse del niño, pues aun cuando lo retenía por la cintura, no contestaba ninguna de sus innumerables preguntas, ni se daba cuenta de su charla maravillosa, que hacía el encanto de cuantos le rodeaban.

Cansado de aquella distracción de Paulina

a que no estaba acostumbrado, cogió con sus manecitas la cabeza de la joven y volviéndole el rostro, le dijo impaciente:

—No duerma, no duerma que se cae el niño.

Paulina sonrió cariñosa, y sin darse cuenta buscó en rápida mirada aquellos ojos cuya luz la inquietaba, y al hallarlos quedó sumida en una vaga tristeza mezclada de dulce languidez.

Mecida por el balanceo del buque admiraba la tarde, que caía tiñéndose de matices maravillosos. Con los juegos de luz del sol que se ponía y de la luna que empezaba a levantarse, se podían admirar dos paisajes completamente distintos, y ambos de una belleza suprema: el ocaso, con tintes de escarlata y carmesí, bordados de oro, se ceñía con chales oscuros que a veces se franjeaban de rosa, y en lagos áureos o de tonos sangrientos, se destacaban con fuerza siluetas de cordilleras o altos árboles, con la intensidad aterciopelada de la sombra. Hacia el Oriente, formando contraste con los tonos calientes del ocaso, veíase el azul pálido, casi blanquecino de un cielo polar. Con una luna incompleta y argentada que daba al río con su luz misteriosa y sugestiva, la apariencia de un espejo grisoso en que bogaran silenciosamente los ensueños.

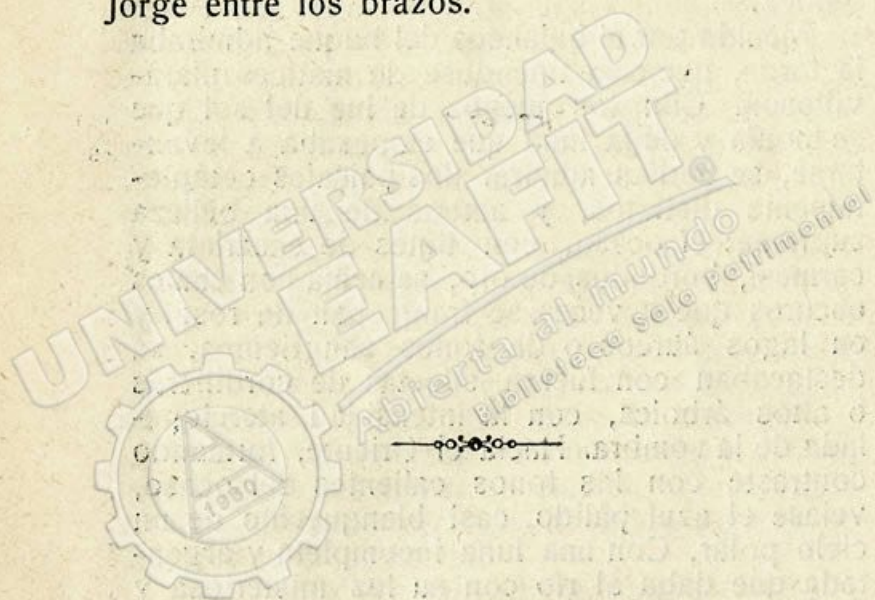
Las luces del crepúsculo acabaron por extinguirse, y cambió como por encanto el aspecto del paisaje; la luna recobró todos sus dominios y plateó las copas de los árboles, diseñó las cordilleras y jugó inquieta en las ondas silenciosas del río.

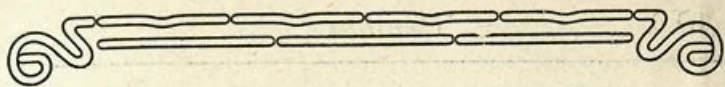
Los penachos de chispas que se alzaban como lluvia de oro mezclada de rubíes, de la alta chimenea, bordaban el manto de la noche

y caían a veces en el buque, produciendo no pocas molestias a los mismos pasajeros, que se extasiaban admirando su belleza.

El río tenía poca agua y se navegaba con temor y precaución, por lo cual se detuvo la marcha, que sólo continuó al amanecer.

Paulina se encerró muy temprano en su estrecho camarote y pasó todas aquellas horas de calor asfixiante, sentada en una silla y con Jorge entre los brazos.





EL amanecer fue de una espléndida belleza y Paulina pudo admirarlo tranquilamente desde el ventanillo de su camarote, y gozar de su frescura deliciosa. La marcha se hacía difícil, y el buque perdió dos horas en la subida de *Las Margaritas*.

Hubo necesidad de proveerse de leña, y en esta nueva detención la mayoría de los pasajeros bajaron a tierra, fatigados de tan largo viaje. Paulina no se atrevió a hacerlo y permaneció observando a los que descendían, desde la barandilla del buque. Jorge rogaba, se movía ansioso, besaba a su hermana y acababa por saltar desesperado porque no le bajaba; en la orilla vendían naranjas y el niño enloquecía de impaciencia; al fin logró calmarlo, pero su boquita se fruncía a cada instante, suspiraba a intervalos y las lágrimas permanecían en sus mejillas.

De repente Paulina oyó a su espalda una voz que la hizo volverse estremecida.

—Señorita, decía el extranjero, permítame usted ofrecer al niño esta naranja.

—Es usted muy amable, se lo agradezco mucho.

Jorge no esperó las palabras de su hermana, tomó con rapidez la fruta y se puso a saltar de alegría.

—Si usted fuera tan bondadosa como el niño, continuó diciendo el viajero con voz

baja y conmovida, quizá aceptaría esta flor; es muy humilde, pero no he hallado otra para poder ofrecerle. Al decir esto, presentó una campanilla roja con estambres de oro, que había cogido en una enredadera silvestre.

Paulina se tornó seria, y un ligero pliegue se marcó en su frente.

—Agradezco mucho su atención, pero no puedo aceptarla; no podría usar esa flor, entre otras muchas razones, por lo riguroso de mi luto; sobre su vestido blanco luciría mejor, contestó con sencillez.

—Está bien, señorita, voy a adornarme con ella y pensaré sin cesar en que su voluntad la colocó sobre mi corazón.

Hizo una inclinación de cabeza y se alejó poniendo en su pecho el rojo escudo.

Paulina lo vio desaparecer, presa de una emoción vivísima, y ocultó su confusión y su rubor, preparando la fruta para el niño.

El término del viaje se acercaba y no podía ocultarse a sí misma la humillación que le producía la indiferencia desdeñosa con que la trataba la altanera dama de los cabellos blancos a medida que su hijo parecía rendirle la más respetuosa y entusiasta de las admiraciones, reflexionaba en este asunto, cuando vio que volvió a acercarse el joven.

—Señorita, dijo, vamos a separarnos muy pronto y le suplico un sencillo favor, deseo ardientemente saber su nombre, pero dicho por usted misma, ¿me complacerá usted?

—¿Por qué no? Me llamo Paulina, da usted demasiada importancia a una simpleza, contestó sonriendo.

—¡Paulina! repitió él con lentitud intensa, como si acariciara cada una de las sílabas. Cosa extraña, agregó pensativo, este nombre

me es grato y hace mucho que he aprendido a quererlo; si usted supiera.... es bien raro.... Paulina es el nombre de la que mi madre ha soñado que sea mi prometida.

—¡Ah! exclamó ella sin poder contenerse.

El la miró con fijeza, mientras ruborizada no sabía dónde fijar sus miradas llenas de turbación.

—Paulina, repitió el extranjero en voz baja y emocionada, no había vacilado en aceptar los sueños de mi madre, porque no había amado jamás; hoy no queda de esa prometida ideal sino su nombre, es decir, el suyo, que no olvidaré jamás, como sabré demostrárselo.

—¡Calle usted, por Dios! que me appena con todo lo que acaba de decir; si lo oyen a usted, me coloca en una situación difícil, exclamó Paulina.

—Henrique, dijo en voz alta la anciana, vén, que te necesito con urgencia.

—Volveremos a hablar en ocasión más oportuna, díjole a Paulina, haciendo un saludo y alejándose.

—¿Qué quieres, mamá? Has interrumpido una conversación de la mayor importancia para mí, aquí me tienes.

—Está bien, siéntate a mi lado, sólo deseaba poner término a ese idilio ridículo.

—Mamá, te ruego que no me hables así; no es este el tiempo ni el lugar de tratar tan delicado asunto.

—Que a Dios gracias, se lo llevarán las ondas del río.

—No lo creo, dijo Henrique con seriedad; bien sabes que jamás me había enamorado.

—¿Quién crees que pueda ser una persona que a su edad viaja en las condiciones de ella? Eres muy niño, Henrique, y olvidas lo

que te debes a ti mismo, cortejando contra tu costumbre a una muchachuela desconocida.

Púsose pálido al oír estas palabras e iba a contestar a su madre, cuando un pitazo anunció la proximidad de Girardot. Todos los pasajeros se pusieron en movimiento y el tumulto del buque se hizo insoportable; puertas de camarotes que se abren y se cierran, sacos de viaje y bultos que se cruzan en todas direcciones, empleados inferiores que ofrecen sus servicios y ensordecen con sus voces, formaban un desorden difícil de describir.

El buque pasó airoso bajo el ancho puente y avanzó gallardo hacia el puerto, donde giró en soberbia curva para llegar al fin a la deseada orilla.

Mientras tendían el puente, Henrique se acercó presuroso a Paulina para preguntarle si su equipaje se hallaba dispuesto.

—¿Mi equipaje? preguntó ella sonriendo con tristeza y enrojeciendo intensamente, no he traído ninguno, sólo llevo conmigo muchas penas. Agradezco su interés.

El no contestó, pero la miró un momento con tan profunda emoción, que Paulina turbada le repitió las gracias y, saludándolo, pasó delante de él, llevando de la mano a su pequeño compañero.

Fue Paulina de los primeros pasajeros que emprendieron la subida de la arenosa cuesta; Jorge caminaba con dificultad y además la cercaban con solicitud desesperante los empleados de hoteles y los mozos de cordel, que casi arrebatában de su mano, en fuerza de querer servir, el pequeño saquito en que guardaba su tesoro. Al fin eligió un simpático muchacho, para que llevara en brazos al niño y le indicara el mejor de los hoteles. Fue tal

la rapidez con que emprendió la marcha, que Paulina no lo podía seguir, y apenas lo distinguía por su camisa roja entre los que ascendían en la torcida calle. Los gritos desesperados del niño lo hicieron detener, porque hacía esfuerzos inauditos por bajarse para buscar a su hermana; cuando ésta llegó, fatigada y abrumada por el calor, logró tranquilizarlo a fuerza de promesas, pero tuvo que proseguir la marcha llevando en la suya una de las manos de Jorgito.

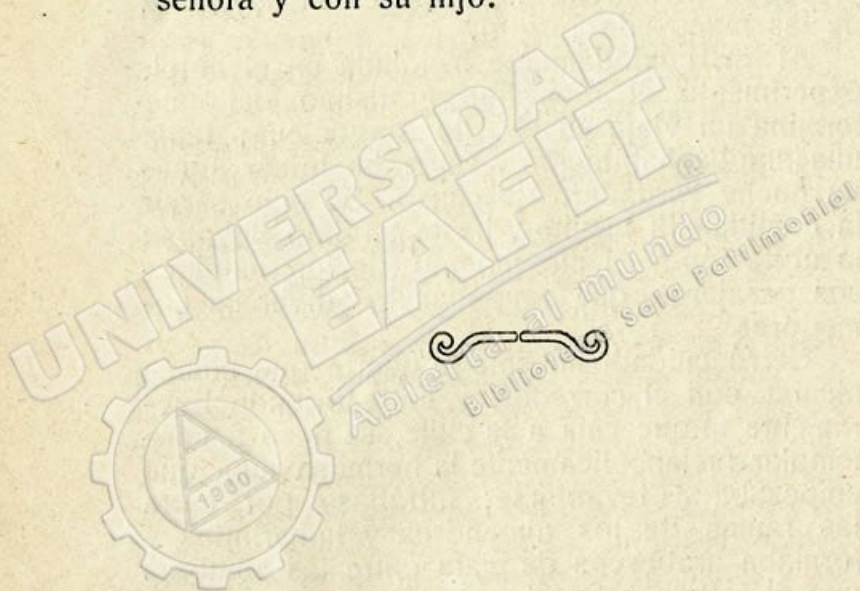
Al fin, cómodamente instalada en el hotel, experimentó el bienestar gratisimo del que termina un viaje en el Alto Magdalena; tenía una amplia habitación y esperaba tomar aquella noche verdadero descanso. Se hizo servir la comida allí mismo y hasta su oído llegaban la agitación y el movimiento de los numerosos pasajeros que ocupaban los diversos comedores.

Cerró cuidadosamente la puerta que comunicaba con el corredor, y entreabriendo ligeramente la que caía a la calle, se puso a contemplar melancólicamente la hermosa luna que empezaba a levantarse; filtrábase por entre las ramas de los almendros y tamarindos y formaba arabescos de plata entre las sombras que el follaje proyectaba.

Las estrellas brillaban con extraordinaria intensidad, y la noche tibia, clara y tranquila, envolvía el espíritu en vagos ensueños y daba gran prestigio a las siluetas de mujeres que, vestidas de blanco, cruzaban con ligero paso y graciosos movimientos la ancha calle bañada por la luna.

Paulina había sabido que al día siguiente no habría tren, y se preparó a pasar largas horas de soledad y de cansancio; sin poderlo

evitar, su pensamiento fue en busca de Henrique, a quien creía no volver a ver, y sintió un vago pesar de no haber guardado la flor roja que le ofreció en el buque, como recuerdo suyo. La ilusión batía su soplo acariciador en aquel corazón inocente, pero el buen juicio aconsejaba a Paulina desechar ensueños peligrosos en la situación en que se hallaba; ella evitaría encontrarse otra vez con la orgullosa señora y con su hijo.





## VI

**S**ERÍAN las ocho de la siguiente mañana, cuando después de haber concluido el sencillo arreglo de su persona, Paulina abrió la puerta de su aposento para solicitar el desayuno de su hermano.

Cerca de allí, apoyado en una columna, estaba Henrique; parecía que la esperara, pues adelantó hacia ella y después de un cortés saludo, le presentó con sus hojas lustrosas y oscuras un hermoso jazmín de Malabar.

—Señorita, dijo, esta flor sí puede llevarla sobre su vestido negro: no me niegue usted este favor, agregó con suplicante acento.

—Es usted muy amable, contestó Paulina, recibiendo sin vacilación el fresco capullo; lo conservaré como un recuerdo de nuestro viaje.

—¿Y nada más? preguntó Henrique con su voz llena de ruegos.

—Nada más, dijo Paulina saludando y retirándose hacia adentro, encendida de rubor y casi arrepentida de su espontánea acción.

Henrique se quedó emocionado y pensativo; su madre se le acercó sin hacer ruido y le dijo con amargura:

—Dí, Henrique, ¿qué pensaría tu hermano Guillermo de la elección que has hecho?

—Pensaría que era para él una gran desgracia no haber llegado antes que yo, para ganar su corazón.

—¡Cállala! que has resuelto mortificarme y enloquecerme, pero por fortuna pronto hemos de dejar de ver a esa aventurera.

—A mi vez, te ruego, mamá, que no me hables así, dijo Henrique pálido de indignación; tú no puedes creer lo que dices, y yo no quiero oír tamaña iniquidad.

—¡Ya lo verás, ya lo verás! exclamó la dama, dejándose caer en una mecedora del corredor, mientras su hijo salía con nerviosa impaciencia hacia la calle.

Paulina había entornado la puerta y con felicidad infantil contemplaba la hermosa flor que tenía entre sus manos; hubo un momento en que quedó como estática, dominada por algún grato pensamiento; Jorgito, que la miraba con la más viva curiosidad, aprovechó su distracción, y su inquieta manecita arrebató a Paulina su tesoro; ella lanzó una exclamación ahogada y su dulce semblante tomó una expresión desconocida, miró al niño con violenta cólera y le arrebató presurosa su jazmín; fue sólo un segundo, pero el niño dio un grito de terrible pena y huyó lleno de sentimiento.

Paulina pareció volver de un sueño. ¿Qué había hecho ella? ¿Qué valor tenía ningún objeto para hacer llorar a su angelito? ¿Se había enloquecido para olvidar hasta ese punto al amor de sus amores? Corrió hacia el niño y lo cubrió de besos, enjugando sus lágrimas con mil caricias.

Sobre el pavimento yacían dos pétalos blancos que acababan de desprenderse, siendo aún tan frescos, que todavía temblaba en ellos el rocío. Paulina los miró con tristeza, quizá sus ilusiones habrían de deshojarse sin alcanzar a colocarlas sobre su corazón.

—Vén, alma mía, dijo al niño, pónte la flor y verás lo divino que quedas. Jorge aceptó, sollozando todavía y miró sonriendo entre sus lágrimas que el jazmín había sido prendido a su pecho.

—¿Ahora me lo prestas un ratico, dejas que se lo ponga tu hermanita? El niño convino después de un momento de vacilación, y Paulina lo colocó con lentitud pensativa en su pecho; luégo debió tener alguna nueva idea y lo desprendió rápidamente, para dejarlo en la mesa del tocador.

Acababa de abandonar el jazmín, cuando llamaron a la puerta; vaciló un momento, pero los golpes se redoblaron con insistencia y se vio precisada a abrir; encontróse al frente de varias personas desconocidas, entre las cuales distinguió con un frío intenso que circuló en sus venas, al mayordomo de la hacienda, el hombre de confianza de su madrastra.

Un caballero de mediana estatura y anchos hombros se descubrió al verla y adelantándose le preguntó con cortesía:

—¿La señorita Paulina Miranda?

—Soy yo, señor. ¿Qué necesitaba usted de mí? contestó irguiendo la cabeza, pero con una palidez tan densa, que alcanzó hasta sus labios, ordinariamente de una coloración tan viva.

—Se le acusa a usted de haber abandonado el hogar, de haberse sustraído a la legítima autoridad de su madrastra y de haber traído consigo a su hermano pequeño; se les reclama a ustedes como menores de edad, y yo, en mi calidad de Alcalde, vengo a suplicar a usted me diga lo que haya de cierto en este asunto.

—Señor, dijo Paulina con voz temblorosa,

la casa que dejé no era mi hogar, he perdido a mis padres, ningún lazo legal ni de afecto me liga a mi madrastra y he traído al niño para librarlo de malos tratamientos; voy a Bogotá al Colegio de las Hermanas de la Caridad, donde me he educado y bajo cuya protección pienso vivir. Allí nombraré mi tutor y el del niño.

La dama de cabellos blancos, que se hallaba en el corredor, había oído con atención creciente lo que se decía y se había acercado al grupo con una emoción vivísima.

Cuando Paulina calló púsole una mano en el hombro y mirándola con ansiedad le preguntó:

—¿Cómo se llamaba el padre de usted? excuse esta indiscreción muy necesaria.

—Héctor Miranda, señora.

—¡Ah! exclamó la dama agitadaísima, y su madre? ¡Dígamelo, por Dios!

—Helena Litre, contestó Paulina, mientras toda su fisonomía manifestaba indecible sorpresa.

La señora lanzó una exclamación dolorosa parecida a un gemido, se rehizo luégo con energía, y volviéndose al grupo que la contemplaba con admiración, dijo con voz firme, dirigiéndose al Alcalde:

—Esta niña es mi sobrina, es la hija de mi hermana, y he hecho un viaje desde París con el solo objeto de buscarla y protegerla; así pues, señor, quedan ella y el niño bajo mi protección, puesto que soy su más próximo pariente. En Bogotá llenaremos las formalidades legales.

—No dudo que sea como usted dice, mi señora, pero es en verdad muy casual este encuentro, dijo el Alcalde con cierta lentitud

intencionada, al mismo tiempo que observaba con interés a las señoras.

—¿Es usted tía Carmen? preguntó Paulina en voz baja y tierna.

—La misma, tú no conservas ningún recuerdo mío; volviéndose al caballero, contestó la señora:

—No diga usted que le parece casual el encuentro, llámelo usted providencial, lo dispuso Dios porque así convenía; mi viaje es sumamente natural. Hace doce años que me alejé del país, tengo importantes intereses que reclaman aquí mi presencia y la de mis hijos, resolví venirme hace dos años largos, cuando supe la muerte de mi hermana; pero sólo lo realicé en el momento en que tuve noticia de la doble orfandad de mis sobrinos.

El Alcalde guardaba silencio y parecía reflexionar.

—¿No me contesta usted, caballero? dijo impaciente la dama; sírvase preguntar al dueño del hotel quién soy yo, o a cualquiera de los pasajeros procedentes de Europa, o a quien tenga alguna importancia en el país.

El representante de la autoridad meditó todavía algunos momentos, y saludando luego a las señoras, se retiró, haciendo con sus compañeros animados comentarios.

Paulina cayó en brazos de su tía y lloró convulsivamente sobre su pecho; creía estar soñando, y en vez de dicha sentía la impresión penosa de una alucinación.

Henrique, que acababa de llegar, pasó por el corredor y vio con sorpresa indescriptible el grupo que las dos formaban; detúvose delante de la puerta, mudo, inmóvil; creía que sus ojos le engañaban, y su corazón palpitaba con tal fuerza, que le parecía que iba a estallar.

Al fin Paulina se dejó caer en una silla, porque aquella emoción era demasiado fuerte para un sér tan debilitado y nervioso.

—¡Mamá, mamá! dijo entonces Henrique, ¿Qué ocurre, qué es lo que ha sucedido?

—Vén, éntra pronto, ha sucedido una cosa providencial, maravillosa, como no pudimos imaginarlo jamás.

—Si la señorita lo permite, pasaré adelante, dijo Henrique, interrogando con los ojos a Paulina que lo miraba dulcemente, pero pálida como un difunto.

—Entra sin ceremonia, no sabes, mi hijo, lo felices que somos; ahí tienes a tu prima, la Paulina que te he enseñado a querer, la hija de mi inolvidable Helena.

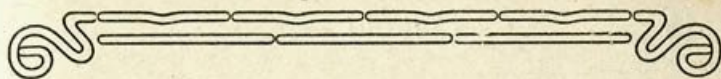
Henrique parecía clavado en el suelo por la dicha y la sorpresa.

—¿Ella tu sobrina? ¿Ella mi prima? preguntó al fin, tembloroso y feliz.

—Abrázalo, Paulina, y si no es capaz de no creer lo que le digo; por hoy sois dos hermanos que acaban de encontrarse y bien pueden saludarse con toda la efusión de su cariño .... Más tarde .... y la dama sonrió cariñosamente entre lágrimas de enternecimiento.

Los dos se miraron un momento, y la luz de una alegría suprema iluminó sus rostros; sus brazos se extendieron con timidez para una ceremoniosa caricia, pero sus ojos habían hecho algo más que abrazarse al encontrarse húmedos de ternura y radiantes de felicidad.





## VII

**A** PESAR de esa dicha, Paulina parecía moribunda y apenas había tocado con el extremo de sus dedos los hombros de Henrique, cuando su cabeza se dobló inesperadamente sobre el pecho del joven, y sin que él, por la sorpresa, pudiera evitarlo, cayó pesadamente al suelo.

—¡Dios mío, Dios mío! gritó doña Carmen, corriendo a levantarla. ¡Dame agua, busca un médico, Henrique, píde auxilio!

Alzáronla entre los dos, y la colocaron cuidadosamente sobre un catre; con el semblante desfigurado por la angustia, Henrique voló en busca del médico, mientras su madre humedecía las sienes a Paulina, y fricciónaba sus brazos en compañía de dos señoras que habían acudido a sus gritos.

Todos los esfuerzos que hicieron para volverla a la vida fueron vanos, y cuando el médico la vió, su gesto fue de profundo desaliento; hízole numerosas y activas aplicaciones, y después de varios y concienzudos experimentos, hubo de declarar que la ruptura de un baso importante había acabado con aquella existencia. La misma opinión fue la de otro de sus colegas que fue llamado para examinarla. El sacerdote, que también había sido llamado con premura, le dio una absolución *sub conditione*, sin abrigar esperanza, porque aquella rigidez y aquel aspecto eran

inequívocos para una persona tan experimentada como él.

Henrique parecía presa de una violenta aunque silenciosa desesperación, y su madre manifestaba un dolor amarguísimo; suplicó a una de las señoras que los acompañaban que se llevara al niño a otro lugar, porque eran desesperantes su llanto y sus preguntas, de una punzadora ingenuidad.

Casi por fuerza sacaron de allí a la infeliz criatura para tenerla lejos de Paulina.

El dueño del hotel ofreció sus servicios desde el primer momento y manifestó el mayor interés en la consecución de médico, sacerdote y las medicinas que se solicitaron.

El Alcalde también hizo acto de presencia y oyó con pena la decisión del facultativo; quizá tuvo el secreto sentimiento de que, aun cuando involuntariamente, él había tenido alguna parte en el resultado fatal, por la impresión que produjo su presencia.

Cuando toda esperanza se hubo desvanecido, el propietario del hotel hizo llamar a Henrique, y con palabras corteses y razones poderosas, le significó que, aun cuando lo apenaba mucho decirselo, debía procederse a trasladar a Paulina a otro sitio, porque le era completamente imposible para la buena marcha de la empresa y sus deberes para con el resto de los habitantes de su casa, que el cadáver permaneciera allí más de dos horas.

Con la voz enronquecida por el pesar, Henrique comunicó a su madre la intimación recibida, cuando ésta arreglaba con solicitud los cabellos de la muerta.

Paulina, ligada por ataduras invisibles, presa de uno de esos misteriosos y gravísimos ataques en que los nervios desempeñan el

principal papel y simulan la muerte hasta el extremo de engañar hasta los verdaderos científicos, recobró un momento sus facultades y oyó con admirable precisión las palabras de su primo, sintiendo un horror que debió despertarla o romper su corazón de espanto; sin embargo, volvió a quedar fría e inmóvil bajo la red cruelísima que la sujetaba.

—¿Qué haremos? ¡Dios mío, esto es verdaderamente horrible! exclamó doña Carmen con desesperación. Por ningún pretexto quiero que mi sobrina sea enterrada con la rapidez que se pretende.

—Podría llevarse a la iglesia dentro de dos horas y depositarla allí, dijo una de las señoras compañeras de viaje.

—Eso sería muy penoso, dijo otra interrumpiéndola; la iglesia está inconclusa y quizá ni se pueda cerrar; esta niña estaría en exhibición toda la tarde para los mil curiosos, y me muero de la lástima de pensar en su abandono durante la noche.

—¡Ah! eso no, yo no la dejaré hasta el último instante, exclamó con sentimiento doña Carmen.

—Se me ocurre otra cosa, volvió a decir la amiga. Quizá alquilen una casa o una pieza para tenerla hasta mañana.

—Muy bien pensado, véte Henrique, haz esa diligencia con la mayor brevedad.

Antes de salir se acercó a su prima, la miró un momento con dolor infinito y abandonó con rapidez la habitación.

Media hora después regresó, seguido de dos hombres que conducían un ataúd.

Colocáronlo en el suelo, en el centro de la pieza, y las señoras vieron con profundo disgusto un grupo numeroso de hombres, mu-

jeros y niños que invadían sin ceremonia el aposento.

—¿Qué desean ustedes? preguntó Henrique con marcada impaciencia.

Una mujer se adelantó y dijo con tranquilo tono:

—Nada, señor, ver a la muerta.

—¡Salgan ustedes, salgan ustedes! exclamó Henrique con nervioso y enérgico ademán, nada hay que ver aquí, les suplicamos que nos dejen solos; al mismo tiempo, con la acción los llevaba hacia la puerta, que al fin logró entornar, mientras los curiosos se retiraban mohinos y murmuradores.

—Nada he conseguido, mamá, nadie quiere prestar a ningún precio su casa para depositarla; no habrá más remedio que llevarla a la iglesia desde temprano, y allí permaneceremos con ella. ¿No es cierto, mamá, que hasta que nos sea posible no la dejaremos sola?

—Así habrá que hacerlo, y ningún lugar mejor que la iglesia, si no estuviera en tan malas condiciones y este calor terrible no fuera un inconveniente para que pudiéramos permanecer allí; pero haremos un esfuerzo, como la deseas.

La puerta rechinó levemente y varias cabezas aparecieron en la rendija, anhelantes de curiosidad.

—¡Esto es espantoso! exclamaron las señoras.

—Pero no tiene remedio, según parece, dijo una de ellas; coloquémosla en el ataúd para que sea menos visible.

—Paulina, que empezaba de nuevo a volver a la vida, debió sentir el horror supremo al oír estas palabras; la situación excepcional de sus nervios desarrollaba en su memoria

una hipernesia que le hacía ver con extraordinaria viveza y precisión los hechos de su vida, así como parecía experimentar las sensaciones que imaginaba. Sentíase ya dentro de una bóveda agrietada y llena de olores mefíticos, creía que las ratas se deslizaban en atropellada carrera sobre su cuerpo inmóvil y pensaba vanamente que su cabello se erizaba al sentir sobre sus manos marfileñas el cosquilleo horripilante de las numerosas patas de una familia de negros alacranes. ¿Cómo pudiera romper aquellas ataduras formidables, cómo hacer saber que aquel estado en que se hallaba era la repetición agravada de otros accidentes anteriores?

Nadie había podido dar al médico el más ligero hilo conductor, dándole antecedentes de Paulina, diciéndole que había vivido cerca de tres años en un clima destructor, que había sufrido crueles y repetidas desgracias; nada por lo cual hubiera adivinado una especie de catalepsia, alguno de esos extraños fenómenos hijos de una profunda alteración nerviosa.

—Pongámosla en el cajón, volvió a repetir la señora.

—Coloquémosle una almohadilla y dejémosla vestida como se halla, dijo la tía, mientras su hijo tomaba la cabeza de Paulina y las señoras la levantaban por la cintura y los pies, envolviendo castamente su cuerpo entre la falda oscura.

Algunas lágrimas de Henrique cayeron rápidas y silenciosas sobre la frente de Paulina.

Cuando la hubieron colocado en el ataúd, él se arrodilló y prendió en el pecho de Paulina la flor que le había regalado en la mañana y que encontró sobre la mesa; luego, conservando la misma postura, cogió entre las su-

yas la mano maravillosa de su prima, cuya blancura competía con el jazmín y colocó en su dedo anular un fino aro de oro que sacó de su cartera.

—¿Qué haces? le dijo su madre con dulzura.

—Le pongo el anillito que tú me diste el día de mi primera comunión; quiero que si algún día, por la fragilidad humana, creo volver a amar, haya dado a mi primer amor este signo de una predilección suprema, este anillo de los verdaderos esposales de mi alma. Depositó un tierno beso en aquella mano helada, y se levantó ahogado por los sollozos.

Paulina creyó en su cárcel misteriosa que su semblante debía haberse coloreado, y que su primo debía haber sentido las palpitations de su corazón. Pero su semblante permaneció lívido, e inmóviles las hojas del jazmín, que debía morir sobre su pecho sin calor.

—¿Qué hora es? preguntó una señora.

—Van a ser las dos, falta poco tiempo para que se la lleven, contestó su vecina.

Paulina seguía recobrándose y oía cuanto se decía, el menor ruido llegaba con precisión hasta ella y le parecía que con un ligero esfuerzo levantaría los párpados; pero aún le faltaban fuerzas y el tiempo corría, trayendo para ella la más espantosa de las muertes.

El penoso silencio del dolor y del cansancio se complicaba para el pequeño grupo con un calor abrasador, aumentado por la falta de circulación de aire.

Tocaron discretamente a la puerta.

—Abramos, dijo una señora, vendrán curiosos, pero no nos ahogaremos.

Un caballero joven saludó con gravedad, y dijo, dirigiéndose a doña Carmen:

—Suplico a usted me permita ofrecer estas flores a la señorita; al decir esto mostró una pequeña corona de estrellas blancas agrupadas artísticamente y de tan intensa fragancia, que toda la estancia se inundó en ondas de perfume.

—¿La conocía usted? preguntó con interés la dama.

—Sólo tuve ese honor cuando ella subió al buque.

—Agradezco por mi sobrina el recuerdo de usted.

El caballero dobló una rodilla, contempló un momento el jazmín que adornaba el pecho de Paulina, y colocando la corona sobre los pies del cadáver, hizo una inclinación de cabeza a los circunstantes y salió sin agregar una palabra.

—¿Quién es, mamá? preguntó Henrique, cuyo ceño fruncido alteró un momento su bella fisonomía.

—Un compañero de viaje que probablemente supo, como tú, apreciar su juventud y su belleza, contestó con tristeza doña Carmen.

—No debía tener más flores que las mías, murmuró Henrique, ocultando su rostro entre las manos.

Siguióse un silencio fatigoso y preñado de tristes pensamientos, se acercaba la hora de la marcha.

De repente resonaron en el corredor unas pisaditas cuyo sonido especial hirió como una daga el corazón de Paulina; al llegar cerca de la puerta se precipitaron con rapidez, y Jorgito penetró anhelante en la habitación, sin que nadie pensara en detenerlo.

Avanzó despacio, con los ojos fijos en su hermana y con un dedo puesto sobre los labios.

Llegóse al ataúd, y Paulina sintió en sus mejillas, frescos y suaves, como si le acercaran un capullo de rosa, los besos cuidadosos que depositaba la boquita del niño.

No duerma ya más, decíale Jorgito, sacudiéndole tiernamente la cabeza.

—¡Quiten ese niño, por Dios! exclamó doña Carmen, retorciéndose las manos.

Henrique se acercó suavemente, queriendo retirarlo.

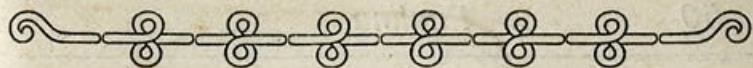
El niño lanzó un grito estridente y extraño, como el chillido de un ave herida, y se asió con fuerza al borde del ataúd.

Henrique vio entonces que por las mejillas de Paulina corrían dos gruesas lágrimas, y que un ligero temblor agitaba sus párpados.

Cayó de rodillas y cruzando las manos, exclamó delirante:

—¡Vive, Dios mío, vive!





## VIII

UNA hora después la resurrección de Paulina era completa, y recostada en una mecedora, recibía las felicitaciones y los efusivos saludos de las personas que vivían en el hotel, y de sus compañeros de viaje.

Parecía que el terrible peligro que acababa de pasar hubiera establecido un lazo de confianza y franca amistad entre ella y sus visitantes, muchos de los cuales le eran hasta entonces desconocidos.

Al hablar con el médico, éste se explicó perfectamente el por qué de una equivocación en la cual habrían caído otros muchos en las mismas circunstancias. El diagnóstico de un accidente, en persona desconocida, sin que nadie pueda dar antecedentes, es de lo más difícil.

Cuando Henrique salió a despedir al Doctor, le preguntó con solicitud:

—¿Está perfectamente bien, no habrá peligro ninguno?

—Por ahora no; hay que evitarle toda emoción fuerte.

—¿Y se curará completamente?

—En su edad y con la organización que tiene, es muy fácil, siempre que se sigan las prescripciones médicas con la mayor constancia.

—¿Serán muy complicadas y difíciles?

—No, se reducen a cambiar de clima, re-

constituyentes... Un poco de dicha y, lo que es más, óigalo bien, tranquilidad, pero mucha tranquilidad.

—¿Y nada más, Doctor?

—Le agregarán probablemente alguna droga para calmar los nervios.

—Gracias, gracias, Doctor, me hace usted feliz.

Henrique estrechó la mano del médico, que se alejó con presteza, meditando en lo que acababa de pasar. Aun cuando el hecho no era extraño, mortificaba su amor propio acostumbrado a halagarse con frecuentes triunfos.

Henrique volvió a sentarse al lado de su prima y la contempló con todo el entusiasmo de su amor, avivado por la desgracia; tenía deshecho el peinado, y sus cabellos sueltos daban un nuevo aspecto a su belleza; algunos *cadejos* caían en su frente y realzaban su palidez marmórea; el color había vuelto a sus labios, y se abrían frescos y suaves, como una rosa que empieza a vivir.

Mil preguntas se cruzaban entre la tía y la sobrina, y Henrique guardaba silencio como embelesado de escucharlas.

—Tía, preguntó Paulina, ¿seguiremos mañana para Bogotá?

—No, mi hija, tendremos que esperar a Guillermo, que vendrá pronto; se quedó en Honda arreglando algunos negocios de comercio.

—¿Guillermo se parece a Henrique?

—No. Son completamente distintos en carácter y en todo.

—Guillermo es muy superior a mí, dijo entonces Henrique con marcada pretensión.

—No empieces con tonterías, exclamó con impaciente seriedad doña Carmen.

La mirada de Paulina cayó sobre el aro de oro que adornaba su mano, y bajando los ojos y sonriendo, dijo con timidez:

—Algo oí de lo que usted dijo al ponerme este anillo, y a pesar de la horrible noche en que me hallaba, lo agradecí mucho.

—Pero yo no te agradezco que me llames de usted. Escúcha, mamá, esto es insoportable, dile que entre primos, por no decir otra cosa, el tuteo se impone.

—Déjate de ceremonias, Paulina, llámalo de tú, dijo con cariño doña Carmen.

—Será poco a poco.... porque.... la falta de costumbre....

—A Guillermo sí puedes decirle de usted, interrumpió Henrique.

—Ya lo veremos, contestó sonriendo Paulina.

—¡Soy un sér verdaderamente dichoso! exclamó Henrique, cruzando a largos pasos la habitación y frotándose las manos. Esta mañana creí morir de pena. ¡Qué horas tan crueles acabamos de pasar!

Sus ojos tropezaron entonces con la corona de flores blancas que el caballero desconocido ofreció a la que creía muerta; marchita y medio deshojada se hallaba en un rincón, y Henrique la cogió presuroso, destrozándola luégo con inusitada violencia.

Paulina lo miró estupefacta y doña Carmen dijo con risa forzada:

—¡Qué cosas tienes, asustas a tu prima con esas prontitudes, pobres flores que nada te han hecho!

—Ellas no, pero sí el que se atrevió a ofrecerlas.

—Pero ni siquiera ha vuelto a parecer por aquí, cuando todos han querido saludar a Paulina.

—¿Tú lo conocías, primita?

—No, ni siquiera sé de quién hablan.

—Del caballero que te trajo la corona; venía en el buque con nosotros, según dice mamá.

—Algo oí, pero no pude verlo. ¿Cómo es, tía?

—Alto, bien puesto, parece muy culto, pero es más bien feo, sólo me parece que tiene buenos ojos.

—Pondéralo más, mamá, interrumpió Henrique con nerviosa impaciencia.

—Hablemos de otra cosa, dijo con prontitud doña Carmen; dime, Paulina, ¿tu madrastra tuvo hijos?

—No, señora, por fortuna.

—¡Ah! Entonces la mayor parte del capital pertenece a ustedes.

—Qué sé yo, tía.

—Dime, los negocios de Héctor prosperaron en el último tiempo, o por su enfermedad....

—Según oí decir, al morir papá acababa de realizar una gran ganancia en la venta de un ganado.

—¿No vendió ninguna de sus fincas? Yo recuerdo muy bien las que poseía cuando nos fuimos para Europa.

—Creo que las conservó todas, dijo Paulina con indiferencia.

—Te ruego, mamá, exclamó Henrique con impaciencia mal disimulada, que trates de otro asunto, ya sabes que los intereses me ponen nervioso.

La conversación cambió y las horas se sucedieron rápidamente.

Una de las señoras del hotel, por recomendación de Paulina, le envió del comercio nu-

merosos artículos que necesitaba para ella y para el niño; entre ellos figuraba un traje blanco bordado que le quedaba admirablemente y que no pudo rehusar, por no haber hallado ninguno negro en las mismas condiciones.

Aquella noche durmió tranquilamente, después de haber dado gracias a Dios desde lo íntimo de su alma.

Ni las idas y venidas del tren, ni sus ruidos múltiples y prolongados, ni aun los penetrantes pitazos de la partida, lograron turbar su sueño; fue después de un largo espacio, cuando un rayo de sol, hiriendo sus párpados, le trajo un tranquilo despertar.

¡Qué dichosa se sentía! Tenía una familia, había un corazón que parecía pertenecerle, y el horizonte de su vida y el de su hermanito, parecía teñirse con los colores de la felicidad.

¡Con qué e-mero hizo su *toilette* en aquella mañana! Su vestido blanco pareció transformarla, y ella misma se miró con sorpresa y satisfacción en el espejo.

Buscó entre las joyas de su madre una cadenita de oro con pequeños brillantes, y la rodeó a su garganta desnuda. Al verla, habría que pensar en la que el historiador inglés llamó para distinguirla: "Edita la del cuello de cisne."

Cuando salió para desayunarse con su tía, la sorpresa se pintaba en todos los semblantes; era un sueño de juventud, la dicha daba una luz especial a sus ojos e iluminaba su semblante con fascinación extraña.

En la mesa tuvo una sorpresa gratisima. Pepita Roca, una de sus compañeras de colegio, había llegado en el tren de la tarde anterior, y su encuentro fue una felicidad para Paulina.

Sus caracteres eran muy diversos, pero la unía una cordial simpatía, a pesar de que la ligereza y el aturdimiento eran la nota dominante en Pepita, por otra parte, llena de brillantes cualidades.

Cuando paseándose en el largo corredor que domina la calle, conversaron con intimidad, Pepita preguntó a su amiga:

—Dime, ¿ese señor que estaba cerca de ti en la mesa, es tu novio?

—¡Qué ocurrencias las tuyas.....! Es mi primo.

—No me lo niegues, yo lo comprendí desde que los vi.

—¡Pero qué cosas tienes! Si yo acabo de conocerlo.

—Ojalá sea como dices, porque has de saber que me parece perfecto. Si no estuvieras tú de por medio, emprendería la conquista.

—Lo que es por mí, no tengas cuidado, haz la experiencia.

—Es muy distinguido, buen mozo como pocos. Dime, ¿es rico?

—No lo sé. Tal vez sí; han vivido mucho tiempo en Europa, y aquí como que tienen propiedades.

—Dime la verdad. ¿No te llama mucho la atención?

—Un poco.... así.... así....

—Entonces.... si tu interés no es muy grande....

—¡Conquistalo! Dijo Paulina riendo nerviosamente.

Un caballero que les hizo un atento saludo, cortó la conversación.

—¿No le conoces? preguntó Pepita.

—Sí, lo vi en el buque en que subimos, pero no sé cómo se llama.

—Carlos Monsalvo, es un primor, viene de Europa y es muy amigo nuestro; mamá dice que es una maravilla, a mí me parece feo, pero tiene unos ojos bellos y he oído decir que es muy inteligente.

Paulina guardó un momento de silencio; según sus datos, era éste el caballero que le ofreció las flores tan duramente tratadas por Henrique.

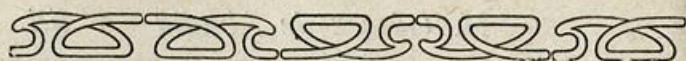
Siguieron hablando de diversas cosas, y el tiempo se deslizó en una conversación insustancial y deliciosa.

De repente Paulina detuvo su paseo, y llevándose las manos a la frente, exclamó con verdadera angustia:

—¡Dios mío! El niño debe haberse despertado, vén pronto, Pepita, recordando el colegio, casi me olvido de Jorgito. Y se dirigieron presurosas hacia el interior del hotel.



Abierta a todos  
Biblioteca selecta documental



IX

**A** LA siguiente mañana, doña Carmen penetró en la habitación de Paulina, cuando ésta terminaba su peinado. Recibióla agradecida por su solicitud y le suplicó tomara asiento.

—Me ha parecido preciosa tu cadenita, dijo la dama, después de un momento de silencio.

—A sus órdenes tía, era de mamá.

—Gracias. Y a propósito de esto, desde ayer deseaba preguntarte: ¿En tu poder quedaron las joyas de Helena? Yo me acuerdo muchísimo, ella tenía maravillas.

—Papá me las entregó todas, dijo Paulina con tristeza, era tan bueno....

—¿Y no se apoderará de ellas tu madrastra? dijo doña Carmen, levantándose y manifestando vivísima alarma.

—No, tía, las tengo aquí, se hallan en el saquito de mano.

—¡Ah! Las tienes aquí.... ¡Cuánto me alegro! ¿Puedes mostrármelas? ¡Me traerán tantos recuerdos....!

—Un instante, tía, voy a atenderla en este momento.

—Yo puedo ir sacándolas. ¿No dices que están en el saquito?

—¡Perdón! dijo Paulina, enrojeciendo y adelantando la mano, porque temió que hallara su tía el jazmín casi seco que conservaba al lado del estuche; quizá no está la llavecita.

En la mirada de doña Carmen había un anhelo extraño, y su fisonomía había perdido su serenidad acostumbrada.

Paulina sacó las joyas, y casi con descuido las extendió sobre la mesa.

Su tía guardaba silencio; había palidecido y las ventanillas de su nariz se agitaban levemente.

Paulina la miraba sorprendida. Aquella actitud no le parecía natural.

De pronto dijo la dama, extendiendo sus aristocráticos dedos, hacia unos magníficos aretes.

—Estos eran los que me había ofrecido Helena como recuerdo de viaje, pero la premura de nuestra despedida, le impidió entregármelos.

Paulina calló algunos momentos y luego dijo: Tómelos usted ahora, y consérvelos, no sólo como recuerdo de mamá, sino también mío.

—¡Ay! Querida, cómo te agradezco esta delicadeza! ¡Tú tienes el mismo corazón de mi hermana, no puedo rehusar un regalo hecho de manera tan amable!

Y la dama estrechó en sus brazos a Paulina, que experimentó una gran frialdad al recibir esta caricia.

Siguió examinando las joyas y al ver un hermoso solitario, lo retuvo diciendo con sonrisa forzada: ¡El compañero de los aretes es un juego precioso!

Paulina no contestó y miró con fijeza a doña Carmen.

—¿En cuánto aprecias este anillo? Preguntó con tono insinuante la madre de Henrique.

—No sé, tía, nunca he pensado en poner precio a estas joyas.... Quizá tenga necesidad de hacerlo en Bogotá.....

El carácter de Paulina era en extremo complejo: a un candor admirable, a una gran sencillez, unía una clara y cultivada inteligencia y se daba cuenta exacta de las cosas, una vez que sobre ellas se hubiera llamado su atención.

Halló algo extraño en el proceder de su tía y le dijo con frialdad:

—Si usted gusta, vamos afuera, hace mucho calor.

—Sí, vamos á desayunarnos, ya es hora.

Paulina guardó cuidadosamente las joyas y llevando al niño de la mano, siguió á su tía, no sin cerrar la habitación.

Henrique salió a su paso y manifestó que hacía largo rato que las esperaba.

—¿De qué tratabais con tanto interés? Preguntó con jovialidad.

—De la vida que hacía tu prima en la hacienda últimamente.

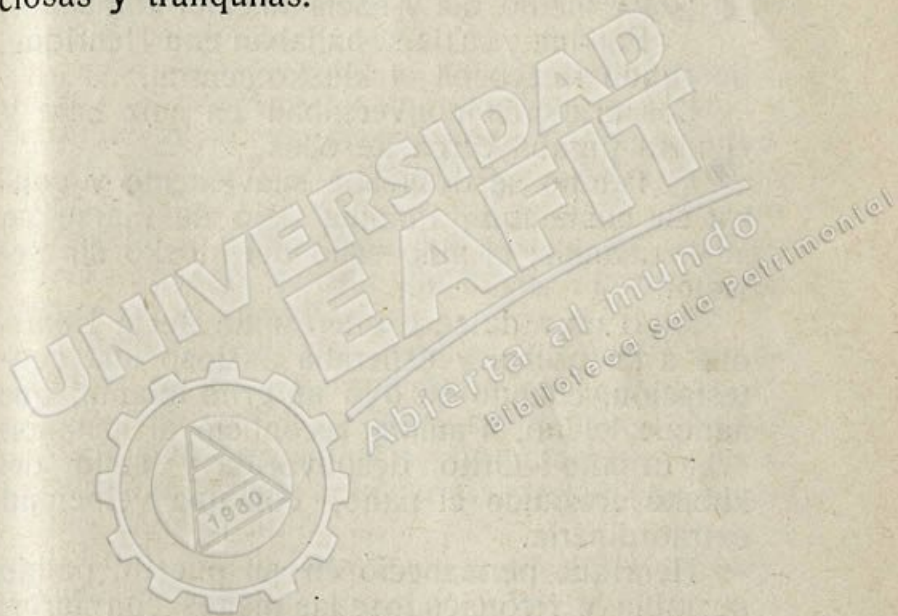
Paulina se sorprendió de que su tía dijera aquello y ocultara los aretes; era un regalo digno de mostrarse, no dijo nada, pero a su pesar un ligero pliegue se marcó en su frente.

Por fortuna, la juventud tiene sus prerrogativas y la amabilidad de Henrique y la alegre charla de Pepita, disiparon por el pronto su preocupación; sin embargo, esa noche al acostarse repasó los sucesos de la mañana y un malestar indefinible se apoderó de élla, retardando su sueño.

Pasáronse dos días sin que nada notable ocurriera, salvo las continuas e inútiles coquetías de Pepita, y algunos rasgos extraños pero pasajeros del carácter de Henrique. Paulina notaba con penosa sorpresa que su primo manifestaba una especie de aversión hacia Jorgito, y aun cuando esto le pareció increí-

ble, tenía frecuentes pruebas de tan extraño sentimiento.

Durante la tarde habían paseado a la orilla del río, viendo deslizar barcas y canoas en fatigosa variedad, observando la carga y descarga de los vapores detenidos en el puerto y contemplando otras veces los juegos de luz del crepúsculo, que convierten en plata bruñida o en irisado nácar, las aguas silenciosas y tranquilas.



**E**RA medio día y hacía un calor abrasador; Paulina y su tía se hallaban con Henrique, buscando fresco en el kiosko central.

Los primeros conversaban en voz baja y el niño jugaba cerca de ellos.

El tiempo se deslizaba suavemente y contra su costumbre, Paulina dejó de fijarse en su hermanito; el niño salió del kiosko sin ser visto.

Algo muy dulce e interesante decía Henrique a su prima, y esperaba ansioso una contestación, cuando se oyó un grito infantil, que aunque lejano, Paulina reconoció al instante.

¡El niño! Gritó despavorida y salió del kiosko cruzando el patio, con una velocidad extraordinaria.

Henrique permaneció en su puesto, pálido de rabia y retorciéndose las manos con furor.

—¡Nada le importa cuando se trata del muñeco! Murmuraba con los dientes apretados.

Entre tanto Paulina había cruzado como una exhalación corredor y zaguán, precipitándose en la calle.

Una gran polvareda oscurecía el camellón; unas pocas reses lo cruzaban en corto galope, seguidas de varios hombres a caballo.

¡Ganado bravo! ¡Ganado bravo! Repetían las gentes refugiándose en las puertas.

Paulina, olvidándolo todo, avanzó por el corredor en loca carrera, guiada por el llanto del niño que se oía distintamente.

De pronto se detuvo a orada.

—No tema usted nada, señorita, el niño está sano y salvo, le decía el caballero que lo llevaba en sus brazos y que no era otro que Carlos Monsalvo.

—¡Gracias, mil gracias, señor! le estoy profundamente reconocida, dijo Paulina recibiendo al niño.

—Ha sido para mí un placer, poder servirle, dijo el caballero saludando cortésmente y siguiendo su camino con aparente tranquilidad.

¡Qué peligro el que corrió el niño! Dijo uno de los sirvientes del hotel, si el señor no lo coge, lo matan con los cascotes las bestias y el ganado, porque de miedo al verlos, se cayó en el camellón.

Paulina pálida y temblando volvió a entrar en el hotel, murmurando con rabia.

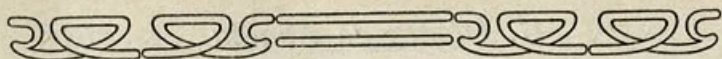
¡Es un egoísta! ¡No tiene corazón! Ni siquiera por curiosidad o por galantería vino a ayudarme. ¡Qué crueldad! si le hubiera sucedido algo al niño....

Entró en su habitación y no volvió a salir hasta la tarde.

—Nos has hecho mucha falta, dijo doña Carmen al verla, temí que hubieras enfermado.

—No tía, gracias, estaba al cuidado del niño que como usted sabe es mi primer deber y mi mayor encanto.

Henrique nada dijo, pero sus ojos expresivos y suplicantes desarmaron rápidamente a Paulina, quien pensó al ver a su primo, que lo había juzgado con severidad excesiva. Nada se habló de lo que había sucedido, y la paz renació con una especie de atractivo misterioso.



XI

**A**L día siguiente, al terminarse el almuerzo, reuniéronse como de costumbre en el kiosko, para pasar las horas del medio día.

Jorge, que acababa de estrenar un vestido de marinero y que estaba verdaderamente encantador, entró en busca de Paulina para mostrarle un cucurucho de almendras que le habían regalado; ella lo sentó en sus rodillas y arreglando con lenta delicia los bucles del niño, se puso a repetirle en voz baja una letanía de ternura, que su corazón había formado para aquella criatura adorada.

Henrique, que hojeaba unos periódicos, parecía completamente distraído, y Paulina se sentía como sola, porque doña Carmen recostada en una mecedora, se entregaba a un sueño irresistible.

De repente Henrique ocupó con una especie de violencia el asiento que estaba al lado de su prima; ella lo miró sorprendida y notó que tenía el semblante desfigurado, y que parecía otro, por la dureza de su ceño.

—¿Estás enfermo, qué tienes? Le dijo con solicitud.

—Sí, estoy enfermo de impaciencia, de cansancio y ¿por qué no decirlo? De rabia, de verte siempre con esa cargante criatura:

—¿Hablas del niño? Preguntó Paulina irguiéndose en la silla y palideciendo a su vez.

—De sobra lo comprendes, yo tengo que ser lo primero, en tu vida y en tu corazón.

—¿Y qué es lo que pretendes respecto de Jorge? Preguntó Paulina, cuyos labios sin color se hallaban temblorosos.

—Yo tengo ya mis planes en ese sentido, pero pensaba ponerlos en práctica cuando fueras mi esposa.

—¿Y qué?

—Que me falta la paciencia y no puedo tolerar esos mimos y esas exageraciones, ni aun siendo tú mi novia.

—¿Tu novia yo? Dijo Paulina sonriendo irónicamente, es la primera noticia. ¿Cuándo nos hemos comprometido? Hasta ahora soy tu prima y nada más.

Henrique se levantó del asiento y sus puños se crisparon, miró a Paulina un momento, y luego exclamó con voz que ahogaba la emoción.

—¿Cómo te atreves a decir una cosa semejante? ¿No comprendes la gravedad de tus palabras?

—No hallo una falta decir que no soy novia tuya, dijo Paulina sin levantar los ojos.

—¿Qué significa, si no eres mi novia, ese aro de oro que luce en tu mano?

—Un recuerdo cariñoso de parte tuya, que te he agradecido mucho, pero que de parte mía no implica aún compromiso alguno.

—Dame ese anillo, devuélvemelo en este momento.

—Tómalo, no lo he de retener por fuerza. Y Paulina sacó de su dedo aquella insignia de afecto, con un hondo dolor en el corazón.

Henrique cogió el delgado anillo y con rabiosa prontitud lo torció entre sus dedos hasta desligurarlo por completo; lo arrojó al pa-

tio y exclamó. ¡ Muchas lágrimas te va a costar esta imprudencia, no mereces un amor como el mío! Y se alejó rápidamente en dirección a la calle.

¡ Pretencioso y egoísta! murmuró Paulina, mientras temblorosa y pálida estrechaba al niño contra su pecho; Jorge, asustado, ceñía con fuerza sus bracitos al cuello de su hermana, porque instintivamente comprendía la mala voluntad de Henrique.

—Doña Carmen se despertó en aquel momento y preguntó con afán.

—¿Dónde va Henrique? ¿Cómo que tú lo has enojado?

—Así parece, tía, pero no ha sido nada de importancia.

—Pero dime, contéstame: ¿qué fue?

—Simplemente que le dije que yo no era su novia.

—¡Dios del cielo! ¿Y cómo te atreviste a semejante cosa?

—Extraño su pregunta, tía.

—Es que tú no conoces a Henrique, es de una violencia extraordinaria.

—Tomaré nota de semejante noticia.

—¿Y qué más le dijiste?

—Nada más, tía, él me pidió la argollita aquella, la rompió y la botó.

—¿La botó? ¿Dices que la botó? ¿No sabes que es de oro, hacia dónde cayó?

—Cerca de esa enredadera.

—Pero qué calma ¡por Dios! Vén a buscarla.

—¿En cuánto la aprecia usted, tía?

—¿Como que tenía un brillantico?

—No lo sé, pero véala usted, dijo Paulina desdeñosamente, al mismo tiempo que frunciendo los labios, indicaba a su tía el sitio

en donde la pobre argolla se hallaba medio oculta por una hoja marchita.

Doña Carmen la recogió presurosa y volviendo cerca de su sobrina le dijo:

—Tráta de contentar a Henrique, él es una seda contigo, en mi vida lo había visto como en este último tiempo; por tu bién no lo exasperes, él te quiere mucho y hay que aprovechar esas disposiciones.

Paulina no respondió y miró a su tía con desdén supremo y silenciosa cólera.

—Con permiso de usted, dijo después de algunos momentos: voy a dar agua al niño.

Cuando estuvo en su cuarto lloró por algún tiempo amargamente; el Henrique de sus sueños se desvanecía y doña Carmen se hallaba muy lejos de lo que había esperado. ¿Cómo borrar de su mente aquella imagen que había llegado a serle tan querida, cómo arrancar de su corazón los dulces recuerdos de aquel amor primero, cómo olvidar las palabras de sinceridad y de pasión con que su primo había despertado su alma?

Parecíale que había dos Henriques, uno tierno, respetuoso y noble; otro violento, egoísta y pretensioso.

Al caer la tarde logró calmarse, y tratando de desvanecer las huellas del llanto, salió al corredor que daba a la calle, donde empezaba a sentirse un fresco delicioso.

Acababa de sentarse, cuando vio que Pepita venía apresuradamente hacia ella.

—¿No sabes? le dijo antes de saludarla.

—¿Qué cosa? querida. Preguntó Paulina abrazándola.

—Pues la función de Henrique.

—¿Cómo así? No te comprendo.

—Mamá no quería dejarme venir para que no contara nada, pero yo con mil pretextos he logrado llegar hasta aquí.

—¿Pero qué fue? Hábla con claridad.

—Pues nada menos sino que Henrique, tu gran pretendiente, está en una *alzada* monumental; se la han pasado tomando desde medio día, en una tienda enfrente del hotel en que nosotros estamos. . . Papá y mamá lo han visto, canta y hace mil vulgaridades.

—¡Qué horror! El tan distinguido y al parecer tan culto! exclamó Paulina cubriéndose la cara con las manos.

—Y yo que casi me enamoro de él. . . . Dijo Pepita moviendo la cabeza. ¡Qué barbaridad!

—Porque dices tú que lo has visto, lo creo, dijo Paulina con indecible amargura.

—¡Quién iba a pensarlo de una persona que como Henrique es en todo tan pulcro y de una educación tan exquisita. . . .!

—Quizá sea la primera vez que comete una falta tan horrible, quizá yo fui imprudente. . . . .

—¿Estabais de malas? Preguntó Pepita con ardiente interés.

—Sí, querida, y Paulina contó detalladamente su última entrevista con su primo.

—Pepita guardó silencio por algunos momentos, luego dijo con calma.

—Dicen que yo soy una loca, que soy una aturdida, pero oye mi opinión. Tu primo me fascinó al principio, pero a medida que lo trato, pierdo la ilusión; me parece que se estima demasiado y lo que ha hecho contigo y con el niño revela un malísimo carácter; supongo que sea la primera vez que se mete a una taberna y que lo ha hecho despechado. ¿Qué garantía ofrece el que por cualquier

contrariedad se hunde en el barro, y qué vale un amor que no sirve de escudo contra el baldón y la vileza?

—Pero, querida, si tal vez se fue desesperado y no pensó en lo que le iba a suceder.

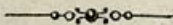
—No lo creas, el que hace esas cosas es porque tiene vocación de beber y aprovecha cualquier pretexto para lanzarse en el camino que desea.

—No me imaginé que fueras tan severa. . .

—Es que tengo más juicio del que creen, y además te quiero mucho, y sé que vales demasiado.

—No tienes idea de lo que sufro y de la pena tan horrible que tengo.

—Te considero con el alma, pero olvida a ese pésimo sujeto: si hubieras oído el escándalo que hacía. . . Pero, entrémonos, entrémonos, ahí lo traen entre dos o tres amigos, y no conviene que nos vea, dijo con vivacidad Pepita.





## XII

**A**L siguiente día Paulina no vio a sus parientes, hasta la hora del almuerzo; su tía le manifestó una amabilidad forzada y Henrique la saludó con atención, pero no dijo una palabra. Tenía un color verdoso, y anchas ojeras desfiguraban su semblante; sus ojos fatigados se fijaban a menudo en su prima, pero su mutismo era absoluto.

Hacia el fin del almuerzo le llegó una tarjeta, la leyó complacido y dijo con voz cansada al sirviente que se la entregó.

—Contésta que voy al momento.

—¿A dónde? Preguntó en voz baja doña Carmen.

—A donde estuve ayer, contestó Henrique con sonrisa burlona.

—¿Pero olvidas que hoy llega Guillermo, que el buque no debe tardar?

—Eso no importa, siempre habrá tiempo para saludar a mi hermano y darle cuenta de nuestros negocios.

Henrique salió poco después, y su madre, acercándose a Paulina le dijo con amabilidad:

—¿Me acompañas a recibir a Guillermo?

—Con mucho gusto, tía, y si usted lo permite invitaremos a Pepita.

Una hora después el conocido y ronco grito de los vapores del Alto Magdalena dejóse oír estridente y prolongado. Las señoras que esperaban aquella señal se dirigieron hacia el río.

—¿A qué puerto llegó? Preguntaba impaciente uno de los servidores del hotel.

¡Al de los Guamos! Gritó un muchacho pasando como una exhalación.

Apenas iban en la mitad de la cuesta y ya numerosos bultos y sacos de viaje interceptaban el camino.

Paulina tuvo que coger de la mano al niño porque era muy fácil que fuera atropellado.

No habían acabado de descender cuando doña Carmen reconoció entre los viajeros la silueta de su hijo. Corrió hacia él y le dio un efusivo abrazo. Luego le presentó a su prima y a su amiga; muy lacónico con ellas, entabló con su madre una animada conversación en voz baja.

Era un sujeto de estatura mediana y complexión robusta; ojeras oscuras se marcaban al rededor de sus ojos verdosos; tenía un gesto altanero y mostraba con frecuencia sus blancos dientes por una sonrisa desdeñosa ó irónica.

Paulina experimentó un frío de desagrado al sentir su mano fuertemente estrechada por la de su primo que había clavado en ella por algunos momentos sus ojos de mirada aguda é impertinente.

—Vamos, dijo doña Carmen echando á andar y siguiendo con su hijo una conversaci6n al parecer muy interesante.

—Ya que usted está tan bien acompañada, doña Carmen, nos vamos nosotras adelante para llegar más pronto con el niño, dijo Pepita cogiendo a Paulina por el brazo, después de despedirse con una inclinaci6n de cabeza.

Subieron rápidamente y llegaron muy fatigadas a la terminaci6n de la cuesta.

—No nos vamos todavía para el hotel dijo

Pepita con voz de iuego, vén paseemos un poco, conozcamos unas calles.

—Como tú quieras, pero no hemos de tardarnos mucho, dijo Paulina, y subieron la calle sombreada por acacias y almendros, que se abría a la derecha. Volvieron la esquina y avanzaron en silencio; de repente, en una de las tiendas próximas, oyeron voces enronquecidas y cantos discordantes.

Paulina se puso lívida y se detuvo anhelante.

—¿Qué es esto, Pepita? Me parece. . . . .

—Que es la voz de Henrique que se divierte con sus compañeros.

—No, no puede ser, las dos nos engañamos, contestó con agitación Paulina.

—Pero loca, ¿no conoces su voz, se puede confundir su acento extranjero con alguno de los de aquí?

—¡Ah! ¡Eres muy cruel! ¿Por qué me trajiste hacia este lado?

—Para que te convencieras por ti misma, yo sabía que lo hallaríamos, y “a grandes males . . . . .”

—Volvámonos, yo no quiero seguir adelante.

—Como gustes.

Cuando Paulina se halló sola y pudo desahogar su inmensa pena, lloró con profunda amargura su soledad y su desgracia. El jasmín de su ilusión no había perdido como el otro dos pétalos, se había deshojado por completo.

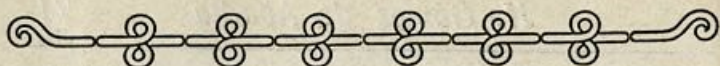
Asistió silenciosa y entristecida a la comida y allí supo que su primo Guillermo seguiría al día siguiente para Purificación, en donde debía terminar sus negocios, para poder marchar al cabo de una semana a Bogotá.

En todo el tiempo que permanecieron reunidos, no dirigió la palabra a su prima, pero sus ojos de mirada fosforescente y dura se clavaron con insistencia en ella. Henrique no se presentó y doña Carmen no podía ocultar su intranquilidad y su impaciencia.

Los días que se siguieron fueron penosísimos para Paulina: la inseguridad de su porvenir, la constante incertidumbre de su vida, y, sobre todo, aquel amor indigno que no podía ahogar a pesar de sus esfuerzos, la habían hecho cruelmente desgraciada. ¡Cómo deseaba en las mil vueltas de su imaginación, que su primo pudiera justificarse!

Henrique no había vuelto á salir del hotel, silencioso y pensativo, se pasaba largas horas con periódicos que no leía y envolviéndose en las nubes de humo de su cigarrillo, parecía meditar y sufrir.

Paulina apenas abandonaba su cuarto y aunque parecía que sólo del niño se ocupaba, había mil lucubraciones en su mente y amarguísimas luchas en su corazón. Cuando Henrique fijaba en ella sus bellos ojos llenos de tristeza, esquivaba su mirada con indiferencia fingida, y ni el más ligero pliegue de su frente revelaba la conmoción de su alma. Y si su primo con las cejas fruncidas y la mirada torva, parecía no notar siquiera su presencia, sentía que sus nervios se aflojaban como si fuera a faltarle la vida y tenía que hacer supremo esfuerzo para ocultar sus lágrimas.



### XIII

**E**N la mañana del tercer día, Henrique acercó un asiento a la mecedora en que se hallaba Paulina, ella se estremeció a su pesar y temió que su primo oyera el golpear inusitado de su corazón.

Henrique estaba densamente pálido y guardó silencio por algunos momentos.

—¡Paulina! Dijo al fin con voz tan suave que parecía un susurro.

Ella no se movió, pero se hubiera podido notar el ligero temblor de sus labios.

—Paulina, ¿no me oyes? volvió a repetir él con acento tan conmovido y dulce, que si apenas rozó los oídos de su prima, era tan intensamente tierno que llegó ardiente hasta su corazón.

Levantó hacia él por un momento sus ojos húmedos en que temblaban el amor y la tristeza.

—¡Paulina! Volvió a repetir Henrique como si aquel nombre fuera una caricia o un ruego.

—¿Qué quieres? Dijo ella al fin en voz baja y sin mirar a su primo.

—¡Que me perdones! Contestó Henrique con elocuente laconismo.

—¿Y en cambio?.....

—Te ofrezco variar de conducta y consagrarme a ti.

Paulina nada contestó y sus manos jugaron inquietas con las cintas de su traje.

—¿Callas? ¡Quizá tú no comprendes el inmenso valor de mis palabras, tú no imaginas que yo jamás había pedido perdón!..... ¡Tú ignoras que mi voluntad ha sido ley, y que mi madre, lo que hoy deploro, porque te amo, jamás ha coartado mi libertad!

—¡Cuánto mal te ha hecho! Excúsame que te lo diga, interrumpió Paulina.

—Me desconozco, continuó Henrique, al ver cómo me humillo delante de ti..... Te hago concesiones increíbles, pero te repito, es que te amo por lo mucho que vales, no por lo que posees, pues yo no pertenezco a esa escuela.

—¡Cuánto he sufrido en estos días y cuánto bien me haces prometiéndome cambiar de conducta..... ¿No es cierto que nunca repetirás esta terrible semana? Preguntó suavemente Paulina.

—Mira, aun cuando es depresivo para mi dignidad de hombre someterme así, estoy dispuesto a prometer cuanto desees.

—No digas que sufres con eso tu dignidad, la hundirías, siguiendo el camino que llevas... Eso sí era verdaderamente depresivo; levántate apoyado en mi mano, porque es muy infeliz el que carece de un ser que lo detenga en la senda del abismo.

—¿Pero me quieres? Preguntó él con anhelante ternura.

—Ya ves que estoy a tu lado y que te escucho.... Dijo ella sonriendo aún tristemente pero con amor infinito.

Siguióse entonces una conversación animadísima, casi en voz baja, de mutuas confidencias, de solemnes promesas por parte de Henrique y de tan ardiente interés, que aun cuando se hallaban sentados en el corredor prin-

cipal y por cerca de ellos pasaban diversas personas que los miraban con curiosidad, Paulina no se daba cuenta de ello y los dos parecían olvidados del mundo. Hubo un momento en que Jorgito, cansado de jugar con los niños del hotel, vino corriendo fatigado y con la frente sudorosa, a descansar en el regazo de Paulina. Con la confianza acostumbrada saltó sobre sus rodillas y le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Paulina! Dijo Henrique con intenso ruego, si te suplicara que no alzaras ahora ese niño, ¿me lo negarías?

Ella vaciló un instante, pero al fin sus brazos se aflojaron y el niño se fue deslizando poco a poco hasta el desnudo pavimento. Quiso volver a subir, pero su hermana lo rechazó suavemente sin mirarlo, mientras acariciaba con una mano su rubia cabeza. Viendo inútil su intento la pobre criatura, se tendió al lado de la silla como un falderillo cariñoso.

Paulina lo miró de soslayo y se estremeció de pena, pero el amor la sugestionaba en ese instante y tuvo la cobardía de robar a Jorge el calor indispensable de su corazón.

Los niños no sólo necesitan vestido y alimento; les es absolutamente preciso el abrigo de la ternura, porque si su parte física resiste, suele helárseles el alma cuando carecen de un refugio de afecto, en los primeros rigores de la vida.

Los dos primos siguieron hablando sin que decreciera su interés y el niño se durmió al fin con la mano de su hermana entre la suya, pegado a su falda y en incómoda postura su encantadora cabecita.

El tiempo pasaba sin que ellos se advirtieran, cuando un sirviente vino a avisar a

Paulina que Pepita y su madre venían a visitarla.

Hasta entonces se dio cuenta de que el niño se había dormido y el rubor de una vergüenza suprema con su propio corazón, la hirió con amargo remordimiento.

Lo tomó en sus brazos y exclamó con intensa amargura dirigiéndose a Henrique:

—¡Qué debilidad la mía! Lo he dejado dormirse en el suelo como un huérfano! Me he vuelto cruel y egoísta por complacerte.

—Te preocupa ese niño demasiado.

—No tiene más que a mí, y tengo con él deberes sagrados.

—Pero en fin, dime antes de marchar. ¿Ahora sí eres mi novia? Preguntó Henrique sonriendo.

—Aun no puedo asegurarlo, el tiempo nos lo dirá, contestó Paulina alejándose.

Su primo permaneció largo rato en su puesto como si meditara profundamente.

Doña Carmen, que había parecido muy entretenida hojeando un libro, se levantó de su asiento y vino a sentarse a su lado.

—¿Dime, no fue una reconciliación satisfactoria? ¿Por qué pareces triste? Preguntó cariñosamente a su hijo.

—No me exijas que te lo diga, mamá, mis reflexiones son penosas.

—Por lo mismo, mi hijo, deseo saber lo que te preocupa.

—Sería muy amargo decírtelo.

—Dime cualquier cosa que sea.

—Pues bien mamá, pienso con despecho que tu excesiva ternura por mí y el no haberme enseñado a dominarme, harán tu desgracia y la mía.

—¿Cómo así? Murmuró doña Carmen angustiada y confusa.

—Probablemente yo no me casaré por ese motivo con la única mujer a quien querré de veras en la vida y tú no conseguirás que nos pertenezca esa fortuna de mi prima, que hace tanto ambicionas.

—¡No seas tonto! Si ella te adora. . . . Creí que se trataba de otra cosa, contestó la dama tratando de reír alegremente.

—Te engañas, mamá, ella me quiere mucho pero es muy posible que no sea mi mujer.

—¡No te comprendo!

—Mira, mamá, por primera vez he reflexionado y creo que Paulina, que es un alma noble, es capaz de morir de pena, pero no se casará con un hombre a quien pueda despreciar.

—Pero eso nada tiene que ver contigo, cualquiera mujer se sentirá honrada con tu afecto.

—Esas son tus apreciaciones de madre, pero Paulina puede pensar de otro modo si sigo mi vida acostumbrada.

—¡Bah! Ocúlta unos días tus pequeñas debilidades para complacerla, y luégo. . . .

—Ahí está el mal, mamá, temo no poder hacerlo porque no tengo educada la voluntad; cerca de ella me siento fuerte y hago promesas sinceras. . . . pero después, como no tengo costumbre de detenerme en el camino... todos mis propósitos son vanos. En fin, no hablemos más de esto, dijo Henrique levantándose y empezando a tararear un hermoso aire francés.

Al oírlo, levantóse vivamente doña Carmen y exclamó con aire satisfecho, como si hubiera hallado la deseada solución.

¡No recordaba que tu prima no te ha oído cantar! Te aseguro que con eso desaparecerán

sus escrúpulos. Hazle oír esos trozos escogidos que tanto éxito te han dado en los salones y por si no es fuerte en música clásica, le agregas la barcarola napolitana; háblale de París, de sus teatros, de sus bailes, de sus vestidos; pero sobre todo asegúrale nuestro próximo regreso a Europa, verás que con esto olvida fácilmente tus deslices.

Henrique miró un momento a su madre y luégo dijo con amarga y burlona sonrisa:

—Si la hubieras educado tú, estaria seguro del resultado, pero creo que Paulina no tiene la cabeza vacía, ni es frívola como la generalidad de las mujeres.

—Doña Carmen se mordió los labios y guardó silencio, mientras su hijo se dirigia hacia la calle.

Paulina entre tanto contaba a Pepita y a su madre su reconciliación con Henrique y recibía sinceras felicitaciones al saber sus promesas.

La señora de Roca era todavía joven y a una clara inteligencia unía un alma bondadosa. En pocos días había ganado la simpatía y la confianza de la amiga de su hija.

Aquella tarde pasearon reunidos y Paulina volvió a hallar al Henrique con que en los primeros días soñó su corazón, y sus amigas también lo encontraron tan distinguido como inteligente.

XIV

SERÍAN las dos de la madrugada de aquella noche, cuando una pequeña orquesta formada por los músicos de una compañía de zarzuela que se hallaba de paso en la población, se detuvo quedamente junto a la puerta que hacia la calle tenía la habitación de Paulina.

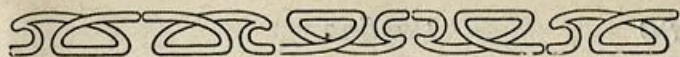
Suaves vibraciones bordaron de repente el silencio y el aire dormido se estremeció con palpitaciones de armonía. Al misterioso encanto de los violines que musitaban sus quejas como arrullos acariciadores, se unió de pronto una voz de timbre musical y bello, cuyo eco poderoso vibró mágicamente en la callada noche.

El corazón de Paulina se estremeció con emoción desconocida, sus miembros se distendieron en una embriaguez repentina y suprema y su espíritu flotó sin ligaduras en la región de la dicha y del ensueño.

Henrique poseía en verdad una voz maravillosa y el prestigio de una serenata realzaba su mérito hasta un grado inverosímil,

Según el consejo de su madre, a los hilos magnéticos con que ataba el corazón de su prima, agregó como final un canto lleno de sentimiento, que aprendió remando en el golfo de Nápoles. Paulina sabía estimar los grandes maestros, pero aquella música sencilla y sugestiva se grabó para siempre en su memoria.

El día siguiente fue uno de los más bellos de su vida porque tenía fundadas esperanzas de que al fin se pusiera a su alcance la felicidad. Henrique se había consagrado a ella, y por complacerla tarareaba frecuentemente la hermosa barcarola.



## XV

**T**ERMINABA la semana cuando Paulina notó con sorpresa que su primo faltaba a la hora de almorzar; el día adelantó en penosísima espera y hacia la tarde llegó Pepita como tenía de costumbre.

Paulina no pudo ocultar su inquietud y le refirió el motivo de su impaciencia.

—Habrás estado ocupado en negocios, díjole su amiga.

—No lo creo, eso dice mi tía, pero yo sé que es Guillermo el que se entiende con todo.

—No lo esperes más, esta noche vendrá, vamos a caminar, la tarde está bellísima.

—Sí, me duele un poco la cabeza y deseo distraerme, voy a recomendar al niño.

Poco después las dos amigas, en íntima conversación, se dirigían por la ancha vía bordeada de árboles, hacia la parte más alta de la población; cruzaron a la derecha y se internaron en diversas calles que no conocían y, que por lo mismo, llamaban su atención con sus casas, en cuyos patios, que alcanzaban a entreverse, se divisaban hermosas flores de púrpura, jazmineros floridos o vides cuajadas de racimos.

La tarde era tibia y aparecía rosada, a causa del fondo rojizo del ocaso, sobre el cual empezaban a destacarse sombríamente las siluetas de algunas palmeras.

Al llegar a una bocacalle donde se abría

una estrecha calleja, el eco de un canto en que se mezclaban voces de mujer, detuvo repentinamente su marcha.

—¡Qué buenas voces! dijo con sorpresa Pepita, acerquémonos un poco, y avanzó hacia adelante.

Paulina había palidecido y guardaba silencio.

El canto se extinguió y se siguieron aplausos, voces alegres y algunas carcajadas.

—Vámonos, dijo Pepita, parece que se terminó.

—Espéra, dijo Paulina con el ceño fruncido y sin color los temblorosos labios.

Su amiga la miró sorprendida e iba a interrogarla, cuando clara y distinta se oyó la voz de un hombre que cantaba una barcarola napolitana. La pieza musical, así como el cantor, eran por desgracia inconfundibles.

—¿Oyes..... conoces? Dijo Paulina con una voz baja y ronca que no le pertenecía.

—¿Pero quién vive ahí? Exclamó nerviosamente Pepita.

Como si quisieran contestarle, dos mujeres jóvenes se precipitaron jugando hacia la calle; una de ellas, enarbolaba un tiple y ostentaba su falda azul de seda y su gran peinado de vistosos adornos; la otra con el cabello suelto y anchos lazos escarlata, llevaba coquetamente un fieltro aceituna que Paulina reconoció al instante, y quería apoderarse del instrumento; las dos corrían y giraban haciendo círculos como mariposas.

—¡Henrique, Henrique! Gritó una de ellas, ven a defenderme, pero pronto.

La elegante y distinguida silueta de su primo, que se dibujó en el fondo oscuro de la casa, hirió distintamente los ojos de Paulina.

Sin decirse una palabra, las dos amigas con una precipitación angustiosa, regresaron al hotel de Pepita, temblorosas y agitadas como si acabaran de pasar un gran peligro.

Recibiólas la señora de Roca y su hija le contó detalladamente lo que acababa de pasar; Paulina callaba y sus ojos se hallaban secos, su herida era tan honda que no vertía sangre.

Hubo algunos momentos de penoso silencio. Al fin dijo Paulina con voz que parecía serena.

¡Qué caprichosos son los nervios! Si alguna vez he debido caer como herida por el rayo, es hoy; temí que me repitiera el terrible accidente que sufrí al siguiente día de llegar a Girardot. ¡Qué penoso hubiera sido para Pepita y qué humillante para mí haber caído en aquel sitio! Dios es muy misericordioso.

La señora de Roca se acercó solícita a la amiga de su hija y tomando entre las suyas sus manos frías y temblorosas le dijo con ternura:

—Si tú tienes algún día necesidad de una madre, de una familia, de un apoyo, cuénta con mi corazón y el de todos los míos.

Paulina se echó en sus brazos, y entonces sí sollozó desesperadamente.

Poco después llegó el Doctor Roca y se trataron con intimidad e interés, diversos asuntos relativos al porvenir de Paulina y el de su hermanito. El Doctor, abogado tan notable como honrado, sería sin pérdida de tiempo el encargado de sus negocios, y pediría cuenta a su madrastra de sus abandonados intereses, en calidad de tutor de los dos hermanos. Paulina viviría con la familia Roca en una hacienda de la sabana, adonde se trasladarían al llegar a Bogotá. Este plan fue muy de

su agrado, pues deseaba ardientemente para su fatigado espíritu la soledad del campo.

Regresó muy tarde al hotel, acompañada de sus amigos y allí supo que Guillermo había llegado.

En sus planes de vida había un punto que Paulina no podía resolver satisfactoriamente: decir a su tía: que pensaba separarse de ella de un modo definitivo, ¡para siempre! Recordaba en penosa confusión los sucesos del día y la atormentaba con crueldad la insistente barcarola que a su pesar vibraba sin cesar en su memoria: ¡la víspera aquel recuerdo era como un cerco de rosas que perfumara con suave embriaguez su corazón y en aquella noche, como un puñal de fuego que taladrara su cerebro!

Comprendiendo que le sería imposible dormir, acarició largo rato a Jorge con una especie de loca ternura mezclada de remordimiento, y se echó huégo, vestida sobre el catre, para repasar en honda y silenciosa pena, los dolores de su corazón y dar mil vueltas a su inquieto pensamiento.

La noche avanzaba, cuando una especie de tropel en el corredor de la calle turbó el silencio que hasta entonces reinaba.

Paulina saltó del lecho y con precaución entreabrió ligeramente la hoja de madera, observando con extremada precaución: la luna, que había salido muy tarde, iluminaba entonces con viva claridad.

Dos jóvenes conducían a Henrique, que daba traspiés y que luchaba por no entrar en la casa para seguir por el corredor, diciendo con la voz inequívoca de su vergonzoso estado:

¡Déjenme, déjenme, quiero contentar a mi novia... Allí está su ventana..... ¡Mamá dice

que a la barcarola cantada por mí, no se resiste ninguna mujer!

Iba acercándose y Paulina se sentía morir de dolor y de rabia.

Los conductores de Henrique parecían tan sin fuerzas como él, y en vano pretendían retenerlo.

Sintiéronse pisadas que avanzaban por el lado opuesto, y Paulina oyó una voz conocida: la de Carlos Monsalvo, que decía:

No es posible que se falte así a la consideración de las señoras; es preciso respetar su sueño.

Y con enérgico ademán y corteses palabras, hizo entrar en el hotel a Henrique y a sus acompañantes.

Paulina se quedó con la frente apoyada en la entreabierta puerta, mientras ardientes lágrimas corrían por sus mejillas. Experimentaba, además de hondo dolor, una humillación suprema.

Un momento después sintió suaves pisadas que se acercaban: cerró el postigo con rapidez dejando un débil resquicio y vio a Monsalvo que se detenía cerca de la puerta. Estuvo largo rato inclinado como si escuchara con atención, y exhalando luego un hondo suspiro se alejó sin hacer ruido por el largo corredor. Paulina recordó entonces que había oído decir, que no lejos de allí Monsalvo tenía un amigo enfermo y hacía noches que velaba con incansable constancia.

Al siguiente día Paulina trató de borrar las huellas de su terrible insomnio y puso en su arreglo un esmero especial.

Nadie habría pensado al verla a la hora del almuerzo que una pena muy honda despedazaba su alma; en cuanto a Henrique, ha-

bría sido imposible imaginar que no fuera la misma corrección, aquel caballero de pulcrísimo vestido blanco, y tipo de atildada y completa belleza varonil.

Al levantarse de la mesa, Henrique siguió a su prima y le dijo a media voz y con tono ligeramente imperativo:

—Necesito hablarte.

—Lo creo inútil, dijo ella sin mirarlo y avanzando por el corredor.

—Te ruego que me oigas.

—¿Qué quieres decirme? Dijo Paulina volviéndose de pronto con aire desdeñoso y sentándose con desgana en un escaño de bambú.

—Que eres muy rara y no puedo comprenderte, exclamó Henrique con agitación, colocándose a su lado.

—¿Por qué lo dices? Dijo ella sin mirarlo y con una emoción que no podía disimular.

—Porque me parece increíble que ni siquiera me hayas preguntado por qué no me viste ayer.

Un rubor mezclado de indignación y de vergüenza subió hasta la frente de Paulina.

—No me interesa lo que hagas, dijo débilmente.

—¡Qué ingratas e injustas son las mujeres! Ya me lo figuraba que habías de recibirme así: Mientras yo me hallaba abrumado de trabajo para que Guillermo encontrara todo listo para nuestro viaje a Bogotá, tú llenabas el corazón de desdén y de rencores!

—¡Henrique, no pretendas engañarme!

—¿Engañarte? Dijo él con ofendido tono; ¡no basta tu frialdad inconcebible sino que me insultas con la duda y te atreves a no creer en la veracidad de mi palabra!

—¡Por Dios! No hablemos más, dijo Paulina con suplicante tono.

—¿Por qué no preguntaste a mamá, a quien mandé a avisar la causa de mi tardanza? Es justo que mientras me faltaba el tiempo para venir a comer, por mis múltiples ocupaciones, que se yo qué locuras forjaba tu imaginación inquieta.

Paulina se puso de pie y dijo con sonrisa de amarguísima burla:

—Hablas muy claro, creí que a fuerza de cantar te hallarías ronco.

—¿Cantar yo? ¿Estás loca? El canto no se compagina con las cuentas, las mujeres no entienden de negocios; como cantan cosiendo, se imaginan que un balance admite distracción.

—¿Ni aun la bacarola? Dijo ella mirándolo un momento con altiva expresión y haciéndolo temblar con su palidez nívea y las negras centellas de sus ojos.

—Menos que todo, dijo él con vehemencia; ¡Por mi honor, desde que tú la hallaste bella me prometí no volverla a cantar sino en presencia tuya!

—Paulina no oyó más, volvió la espalda y se dirigió presurosa a su habitación; al llegar a la puerta volvióse hacia su primo que la había seguido, y dijo marcando las sílabas que cortaba su agitada respiración:

—¡Adiós y adiós para siempre! No vuelva usted a hablarme; por la memoria de mi madre le aseguro a usted, que todo lazo, hasta el de la familia, está roto entre los dos.

—No esperó respuesta y penetró rápidamente; cayó de rodillas junto al niño que jugaba tranquilo, haciendo casitas de naranjas, y lo abrazó convulsivamente.

¡Casi te he olvidado por él y estoy bien castigada! Exclamó con desgarrador acento.

Tú, y sólo tú, mi alma querida; agregó levantando al sorprendido niño y colmándolo de caricias.

Un momento después, casi tras ella, entró doña Carmen con precipitación, y le dijo angustiada:

—¿Es cierto tu rompimiento con Henrique?

—Sí, tía, definitivo, absoluto.

—¿Pero de qué lo acusas? Cuando ayer se ocupó activamente en nuestros negocios para el viaje a Bogotá y para no retardar nuestro regreso a Europa, lo recibes así?

—Tía, usted sabe bien la verdad y la disimula.

—¿Quieres volvernos locos? Dices que yo sé la verdad: en realidad, olvidé avisarte que mi hijo no venía por hallarse ocupadísimo, eso es todo y yo no sé lo que has llegado a imaginarte.

—Por circunstancias, tía, que no es del caso decir a usted, he sabido verdades bien tristes y por nada del mundo cambio mi resolución.

—Esas son ligerezas de momento, eso no puede ser serio, tén un poco de juicio, un partido como Henrique no se desdeña así.

—Tengo un modo de pensar que no se aviene con el de ustedes y con pena veo que ya nunca podremos entendernos.

—No extremes de tal manera los hechos, dijo doña Carmen suavizando la voz: a ti te falta experiencia y por eso eres demasiado severa: a los hombres hay que disimularles muchas cosas.... Y bien pensado, Henrique merece que se le disimule.... Tiene tantas ventajas.....

—No lo niego y es una lástima que usted no hubiera sabido educarlo, dijo Paulina con gravedad, y excuse mi franqueza.

—¡Ah! Tú no sabes las dificultades con que para eso se tropieza, ya verás lo que te sucederá con Jorge.

—No creo que me sea muy trabajoso dirigirlo bien, contando con el libro que será mi guía: corto, sencillo y eficaz.

—¿Quizá algún autor nuevo que yo desconozco?

—Muy conocido, señora, siempre viejo y siempre nuevo: el *Catecismo de la Doctrina Cristiana*.

—Bah! exclamó la dama con desdén, también lo aprendió Henrique cuando era pequeño.

—Y si grande se lo hubieran hecho practicar, habríamos sido muy felices; la voz de Paulina se ahogó penosamente en su garganta.

Guardaron un momento de silencio y la joven, acercándose a un cofrecillo que tenía sobre la mesa, sacó de él un anillo con un hermoso solitario y dijo con voz ya calmada.

—Tía, este anillo es, según usted, el compañero de los aretes que tuve el gusto de darle; ruégole lo use en memoria del día en que estuve tan enferma, y en que debí a ustedes tan amables cuidados.

La faz de doña Carmen se iluminó de placer y dijo al recibir la joya:

—No sabes cómo te agradezco este obsequio, no sólo porque viene de ti, sino porque él demostrará a Henrique que tus enojos son pasajeros.

—No lo creo así, tía, y con mucha pena le participo que probablemente me voy para Bogotá antes que ustedes.

—¿Separarte de nosotros? ¿Estás loca?

—No lo creo señora, antes bien por cordura debo hacerlo así.

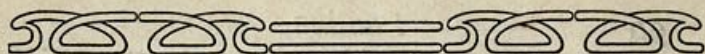
—No seas tonta, y aun cuando quisieras no podrías hacer tal cosa.

—¿Por qué, tía?

—Tú no sabes nada de leyes e ignoras las ligaduras de los menores: tú me perteneces, por fortuna ya está aquí Guillermo; ni siquiera intentes semejante cosa.

Y la dama, sofocada y sin esperar respuesta, abandonó precipitadamente la habitación.





## XVI

**P**AULINA se quedó muy pensativa y resolvió tener la energía suficiente para separarse lo más pronto posible de su extraña familia.

Como el calor empezara a aumentar de un modo insoportable, dirigióse al kiosko, y apenas se había sentado cuando se presentó Guillermo. Hízole un ligero saludo y se tendió en una mecedora, envolviéndose en el humo de su cigarrillo y fijando en su prima su mirada insistente y atrevida.

—¿Trajo usted buen viaje? Dijo ella por cortar el silencio.

—Relativamente, puesto que en este país todo es malísimo, y desde que se pisa esta tierra no se tienen sino incomodidades.

Paulina se mordió los labios y no contestó. ¡Qué mala impresión le producía su primo!

—Veo que usted conviene en lo que yo acabo de decir, continuó Guillermo con su sonrisa de suficiencia: esta tierra es verdaderamente invivible. ¿No lo cree usted así?

—Lo que yo creo es que personas de la clase de usted y que piensan lo que usted acaba de expresar, no debían pisar nunca la tierra colombiana.

—Tiene usted razón, los que tenemos refinado el gusto y conocemos todas las comodidades del viejo continente, sufrimos mucho con el atraso de estos países.

—¡Ah! Es una gran lástima que hubiera

nacido usted aquí y sobre todo que hubiera tenido que volver. ¡Cuánto siento que esta tierra no le dé a usted todo lo que se merece! dijo Paulina con voz incisiva en que temblaba la ironía.

—Desgraciadamente las cosas hay que recibirlas como vienen, contestó Guillermo mirando burlescamente a su prima, mientras liaba un nuevo cigarrillo.

Siguióse un silencio que empezaba a hacerse muy penoso para Paulina.

De repente Guillermo acercó su mecedora a la de su prima y le dijo con tono confidencial:

—¿Dígame, Paulina, está usted muy enamorada de Henrique?

—¡Qué preguntas tan extrañas tiene usted!

—¿Por qué, acaso no tienen ustedes amores?

—Amores.... dijo Paulina con desagrado, no creo que sea esa la palabra que se debe usar....

—¿Entonces, cuál? dijo Guillermo con una sonrisa, mientras sus ojos verdosos chispeaban de malignidad.

Su prima había enrojecido hasta el cabello y sus ojos se hallaban húmedos. Le hería profundamente que con tanta vulgaridad se trataran los sentimientos más delicados de su alma.

Pero, en fin, prosiguió Guillermo, yo deseo saber si usted es novia de mi hermano.

—No, señor, contestó con sequedad Paulina,

—¿Eso es serio? primita, me interesa una contestación categórica.

—Puede usted contar con la verdad de mi palabra.

Hubo algunos momentos de silencio y Paulina hizo mención de levantarse.

—Permítame usted, dijo Guillermo extendiendo la mano en actitud de detenerla y tomando un aire de seriedad que no había tenido hasta entonces: le suplico que me escuche.

Paulina volvió a sentarse y su primo le dijo en voz que sólo ella percibía distintamente:

He sabido que usted ha roto sus relaciones con Henrique.... Descartado ese asunto puedo yo hablar con libertad. Escúcheme usted con atención, es muy importante lo que voy a decirle. Desde el momento en que la conocí, lamenté profundamente no haber llegado antes que mi hermano.... Usted comprende por qué.... Hoy puedo hablarle sin trabas, y como usted ha podido apreciar mi condición y mi carácter muy distinto del mimado de mamá, creo que nuestra felicidad está hecha, porque en mí hallará todo el juicio y la consagración que faltó a Henrique.

Paulina había ido palideciendo gradualmente y sin poder separar los ojos de su primo, le escuchaba anhelante.

¿Cómo no le habían dicho que su pariente era loco? ¿Llegaría la audacia humana hasta hablar así como un sér desequilibrado?

—Se chancea usted, Guillermo, en asuntos que no se prestan para tal cosa, dijo Paulina levantándose y dirigiéndose a la puerta.

—No lo crea usted así, dijo él levantándose a su vez, lo que acabo de decirte es de absoluta seriedad.

—No, no puede ser eso, dijo Paulina volviendo la cabeza y mirándolo de frente antes de salir; si fuera cierto ó todos ustedes eran

locos, o lo que es peor, carecerían de sentido moral.

—Es usted muy quisquillosa, pero dentro de poco viviremos en Europa y su manera de ser y de pensar se modificará.

—No, Guillermo, nunca viviré con ustedes, mi viaje para Bogotá está arreglado y muy pronto nos separaremos.

—¿Qué está usted diciendo? interrumpió Guillermo con dureza, mientras sus cejas se fruncían y se avivaba la fosforescencia de sus extraños ojos. Las mujeres hablan y amenazan como los niños, sin saber que sólo dicen tonterías: usted no puede separarse de nosotros, mamá representa ineludiblemente la autoridad y los derechos de sus padres!

—Sólo el cariño y la estimación habrían podido retenerme cerca de ustedes; hoy tengo un tutor muy respetable y conozco bien mis deberes y mis derechos. . . . Adiós, Guillermo, ruégole diga a mi tía que no me despidió. . . . para evitarnos una mutua pena. . .

—¿A Henrique que debo decirle? Preguntó Guillermo con punzante ironía.

—A Henrique. . . . dijo Paulina con indefinible acento: Dígale. . . que aun cuando hubiera tenido la inaudita debilidad de perdonarlo, nuestros lazos se habrían vuelto a romper por no vivir en la intimidad de su familia.

—Es usted muy amable, mi querida prima. . . Dijo sardónicamente Guillermo, mientras sus dedos destrozaban el cigarrillo que envolvía.

Paulina estaba pálida hasta lo inverosímil y sus ojos despedían un fuego sombrío.

La llegada de un grupo numeroso de viajeros cortó la conversación.

Paulina se dirigió presurosa hacia su cuarto y pidiendo la cuenta del hotel se trasladó



sin pérdida de tiempo al que ocupaba la familia Roca.

Aun cuando en aquellos momentos el calor había alcanzado su más alto grado, Paulina temblaba al salir de la casa que tantos recuerdos guardaba para ella y un frío intenso y doloroso circulaba por sus venas. Parecía dejar allí su corazón y temía desmayarse si se encontraba con Henrique.

Seguida por dos sirvientes que conducían al niño y su pequeño equipaje, avanzó con rapidez en busca de sus amigas, que aliviaron con inteligente ternura su alma destrozada.

Al siguiente día, Pepita tuvo noticia de que Henrique después de un fuerte altercado con su hermano y á pesar de los ruegos de su madre, se había embarcado esa mañana en el vapor que había partido para Honda.

Dos días después, Paulina y sus amigos emprendían su viaje para Bogotá. Una tristeza sin nombre abrumaba a la pobre huérfana y al pensar en que Henrique había desaparecido para siempre en la escena de su vida, experimentaba sensaciones de abismo y la atería cruelmente el hielo de la desesperanza.

Apenas se dio cuenta del principio del viaje, sumida en sus propios pensamientos sólo tuvo cuidado de saber que Jorgito iba contento y en seguridad: ocupaba las rodillas de Monsalvo.

Pepita, que iba al lado de su amiga, respetó en un principio aquel dolor hondo y silencioso, pero luego empezó a hacer observaciones a Paulina, que ella contestaba con solo monosílabos.

Impaciente le dijo al fin con cariñoso tono: Mira, Paulina, yo también valgo algo, no me

desdeñes con tan soberana indiferencia que no soy Monsalvo, ni soy tan abnegada como él.

—¿Por qué dices eso? Preguntó sorprendida Paulina.

—No querrás convencerme que no has comprendido que Carlos te adora, dijo sonriendo Pepita.

Su amiga enrojeció un momento y dijo con una tristeza tan honda que producía pena:

—No lo sabía ni lo creo, y aun cuando así fuera ¿qué me importa? sería un nuevo dolor en mi vida.

—Ya verás que no es así, dijo con seriedad Pepita: un alma como esa, un corazón de nobleza tan excepcional, bien pueden servir de abrigo a un sér tan delicado y sensible como tú.

—¡Cállala! Cállala! dijo Paulina con amargo desaliento, yo no quiero pensar en nada, no quiero ver a nadie... si supieras como estoy...

—Te comprendo... Sólo que la hacienda que posee Monsalvo en la sabana, linda con la que nosotros vamos a habitar y será casi forzoso verlo.

Paulina no contestó, y volviendo la cabeza fijó sus ojos hinchados por las lágrimas en los diversos paisajes que corrían al través de los cristales.

El tren se alejaba, se alejaba... Y los campos cambiaban y se transformaban, como cambia y se transforma todo en el orden material y moral, cuando nos arrebató el tren indetenible de la vida.

UNIVERSIDAD  
LA AFIT

Registrada conforme a la ley



Abierta al mundo  
Biblioteca de la Patrimonial